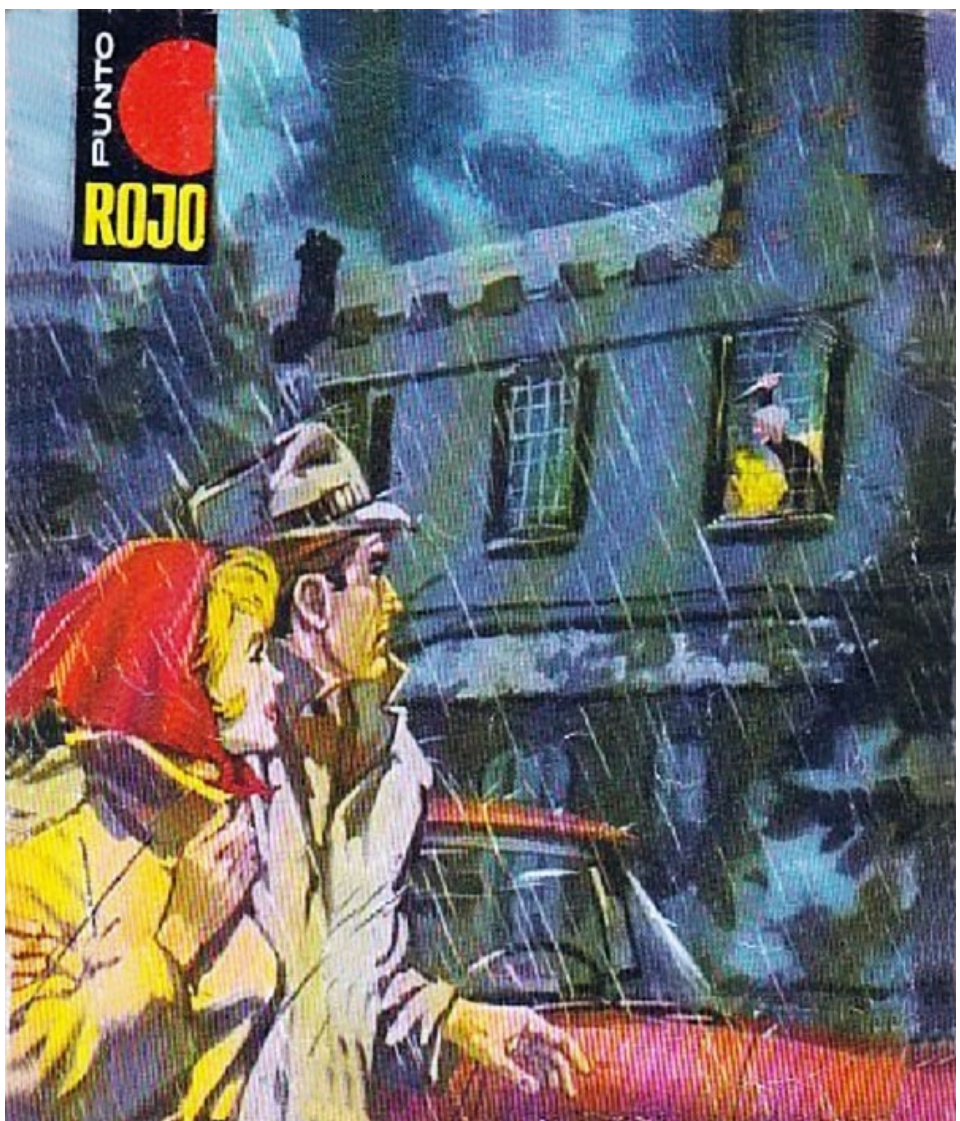


PUNTO

ROJO



NOCHE INFERNAL

mikky roberts

Poco a poco, la luz fue haciéndose mayor, pero la tormenta no disminuía. Los rayos, al surcar el firmamento, continuaban iluminando de cuando en cuando las dunas, y de pronto vieron ante sí la mole imponente de un gran edificio de altos y recios muros, flanqueado por cuatro torreones, dispuestos uno en cada esquina de la mansión...



Mikky Roberts

Noche infernal

Bolsilibros: Punto Rojo - 4

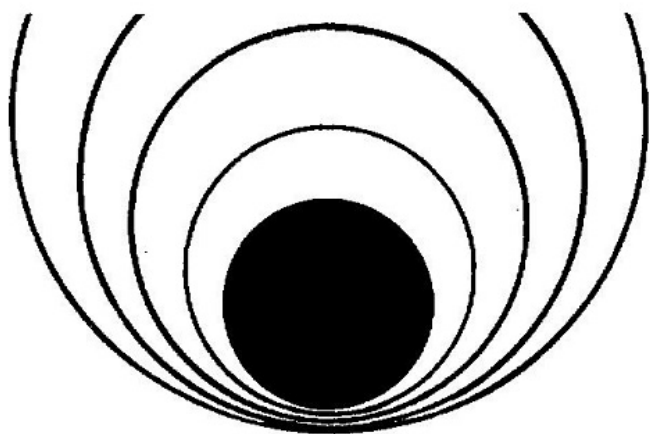
ePub r1.1

xico_weno 07.01.18

Título original: *Noche infernal*
Mikky Roberts, 1962

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





PUNTO ROJO

NOCHE infernai

por

MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

El motor falló una vez más, y su petardeo agónico coincidió con el estallido de un nuevo trueno que rodó por el negro firmamento. Una luz cárdena iluminó por unos segundos el interior del vehículo, permitiendo ver las facciones contraídas de Harry Evans y la tez pálida de Vivian Emerson.

Esta última cerró los ojos y sus dedos, terminados en uñas laqueadas, estrujaron un pañuelo.

—¡Cielo santo, qué noche! —musitó.

Parecía que el cielo se hubiera abierto para dejar caer una nueva edición del Diluvio.

Harry Evans se pasó la mano por la húmeda frente.

—Y mi flamante coche decidido a darnos un disgusto —gruñó—. El agente que me lo vendió tendrá un disgusto el lunes.

Vivian miró a su jefe. Evans estaba encolerizado realmente, cosa impropia de su temperamento ordinariamente frío. Los verdes ojos de la muchacha recorrieron la figura de Harry Evans, experto en antigüedades y propietario de una reputada sala de arte londinense. Le gustaba trabajar a su lado, no sólo porque Evans tenía una habilidad especial para hacerla soñar frente a las obras de arte que manejaban continuamente, sino porque constituía también un notable ejemplar masculino, y Vivian no era insensible.

—Debemos estar cerca de ese condenado castillo —exclamó Harry, de pronto.

Vivian dejó de mirar el juvenil y noble perfil de su jefe para tratar de taladrar con la vista la espesa capa de agua que inundaba el parabrisas.

—¡Con tal de que no caigamos en un pantano!...

El coche rodaba lentamente, como sobresaltado. Era evidente que sólo se movía gracias a la pericia de su conductor.

—No debiéramos haber salido con este tiempo —musitó Vivian.

Harry suspiró. Había sido un error hacerse acompañar por su secretaria. Rara vez las mujeres podían tolerar las dificultades o las incomodidades.

—No es mía la culpa si el coche está averiado, Vivian —recordó incisivamente—. Una maldita lluvia no tiene por qué descomponer un vehículo a menos que sea un cacharro... y pagué buenas libras por éste. Romney Manor tiene que estar más cerca que la ciudad, y es evidente que no resistirá mucho más el coche.

La muchacha se estremeció.

—No me agrada la idea de pasar una noche en medio de los pantanos de Romney. Es ésta una región maldita.

Harry resopló.

—Bastantes complicaciones tenemos sin que hablemos de fantasmas, Vivian.

—¿Fantasmas? —La muchacha se envolvió en una gruesa chaqueta de punto—. ¿No conoce usted las leyendas de *Romney Marsh*? (Romney Marsh: Pantano Romney).

—No.

—Yo nací en este condado, y le aseguro que estos pantanos son siniestros...

—¿Sí?

Harry no le prestaba la menor atención, tratando de ver algún punto de referencia en la desolada carretera inundada por el agua.

De vez en cuando, el oscuro firmamento quedaba rasgado por la caída de un rayo que daba una luz espectral. Los perfiles del deshabitado paisaje adquirirían con ello un aire tétrico e irreal.

—Yo podría contarle muchas historias de... —Se mordió los labios—. Aún recuerdo el caso del aparecido decapitado.

—Por favor, Vivian.

La muchacha apretó más el pañuelo.

—Usted también se impresiona, según veo.

—Se equivoca. Su conversación me distrae.

—Hum.

Vivian se cruzó de brazos y trató de dominar sus nervios, pero el estado de la noche no contribuía a crear una atmósfera de tranquilidad. Parecía como si fuerzas desconocidas se hubieran puesto de acuerdo para aniquilarles por violar la soledad de aquellos grises pantanos, ahora enmascarados por la furiosa

tormenta. No lejos de la carretera que seguían rugía el mar, y las olas batían furiosas los acantilados. El coche, en medio de los elementos desatados, no ofrecía la menor protección a los dos viajeros.

De pronto, Harry Evans bajó la ventanilla del vehículo sin preocuparse por el agua que entraba dentro.

—¡Eh! ¿Es que no estamos suficientemente mojados? —Protestó Vivian—. Creo haber arrastrado el coche media milla...

Su jefe no respondió y accionó una potente linterna con la que enfocó a un lado de la carretera. El cono de luz perforó las tinieblas y se posó en un cartel clavado en la cuneta.

A ROMNEY MANOR

Debajo de la indicación, una flecha descolorida por el tiempo mostraba un camino que se internaba en la noche.

—Lo hemos encontrado —exclamó Harry.

—Y hallaremos también una buena pulmonía si no cierra pronto la ventanilla.

El anticuario subió el cristal y el agua dejó de penetrar en el vehículo. Su traje estaba arrugado y humedecido, lo mismo que el de Vivian, a causa del agua recibida durante el intento de empujar el coche hasta la cumbre de una cuesta a fin de ponerlo en marcha.

—Nos encontramos muy cerca. Con un poco de suerte, esta noche dormiremos bajo techo.

A pesar de todo, aquella perspectiva les llenaba de esperanzas.

Vivian se retiró de la frente un mechón de rubios cabellos, lacios por el agua, y trató de contener un escalofrío.

—No volveré a este lugar aunque ello me cueste el empleo —decidió en voz alta.

—No se deje llevar por los nervios y piense en las tallas sajonas de que hablaba el anuncio del periódico —recordó Evans.

—¿Tallas sajonas? ¡Bah! Usted sabe que hay noventa probabilidades contra cien de que no sean auténticas.

—Lo decidiré una vez las haya visto. Pueden valer una fortuna.

—Una fortuna pasada por agua —ululó Vivian—. Se necesita estar completamente loco para viajar en una noche como ésta.

—Hay cientos de anticuarios en Londres ansiosos de tropezar con un hallazgo como ése, Vivian, y yo deseo ser siempre el primero

en llegar a donde me conviene. Nadie se habrá adelantado a nosotros, puede estar segura. La tormenta es nuestra mejor aliada.

El camino que seguían era accidentado y fangoso. Las ruedas del coche se hundían en los baches y penosamente salían de ellos mientras el motor roncaba y gemía.

Vivian salió de pronto de su mutismo.

—¡Mire, allí!

Extendió la mano, señalando un punto luminoso en el parabrisas.

—Romney Manor.

—Un castillo perdido entre los pantanos. Ojalá que no haya fantasmas en él.

—¡Qué tontería!

Poco a poco, la luz fue haciéndose mayor, pero la tormenta no disminuía. Los rayos, al surcar el firmamento, continuaban iluminando de cuando en cuando las dunas, y de pronto vieron ante sí la mole imponente de un gran edificio de altos y recios muros, flanqueado por cuatro torreones, dispuestos uno en cada esquina de la mansión.

La secretaria de Harry Evans suspiró:

—Por fortuna, vive alguien ahí dentro a juzgar por la luz. Eso quiere decir que tendrán un buen fuego y comida caliente. Tengo el frío metido en los huesos.

Cinco ventanales de la planta baja dejaban pasar la luz del interior. Contra los cristales golpeaba el agua que caía en oleadas furiosas. Harry apretó las manos sobre el volante y realizó la maniobra para detenerse lo más cerca posible de la puerta principal.

Por fin, el vehículo quedó inmóvil, como rendido por el prolongado esfuerzo.

Vivian miró hacia el gran portón de recio roble guarnecido por recios herrajes.

—No parecen habernos visto llegar —murmuró mirando aprensivamente hacia el edificio.

Harry abrió la portezuela para saltar, pero Vivian le tomó del brazo.

—Aguarde. No hay protección alguna para la lluvia y se verá calado hasta los huesos para cuando le abran la puerta. ¿Por qué no

toca el claxon?

Por la abierta portezuela entró una bocanada de aire húmedo que les heló.

—Una buena idea.

Oprimió el botón de la bocina y ésta lanzó un sonido que recordó un lamento extraño.

El agua, sin embargo, apagó la llamada con su fragor.

—Temo que no van a oírnos. ¡Esta tormenta!...

Miró al suelo. Una corriente de agua corría bajo el coche con tal ímpetu, que por un momento temió haber aparcado sobre el lecho de un río.

—Será mejor que llame a la puerta. Usted puede seguir tocando, por si acaso.

Saltó al suelo. Los zapatos se hundieron en el lodo y el agua penetró en su interior.

Estaba fría y viscosa. Tiró desesperadamente de ellos para arrancarlos del suelo, y por un momento recorrió su espalda un ramalazo de temor al pensar en los pantanos de la comarca.

Corrió hacia la puerta como mejor pudo, pero se detuvo antes de llegar a ella, insensible al agua que se desplomaba sobre él, ferozmente.

Sus ojos estaban clavados en una ventana del primer piso del torreón más próximo.

Se hallaba iluminada.

Sobre los visillos se proyectaba la silueta amenazadora de una mujer que blandía un gran cuchillo de trincar.

Un cuchillo que cayó una, dos, tres veces.

El brazo armado quedaba oculto cada vez que el arma se introducía en el ser causante de aquel odio horrible, sin que Evans pudiera saber, a causa del alféizar de la ventana, qué era lo que recibía las espantosas cuchilladas.

Dilatados los ojos, recibiendo en el rostro la fría lluvia, miraba aterrado aquella escena de pesadilla.

La mujer se detuvo al fin y miró hacia el suelo, a sus pies, como si contemplara un cadáver. Era una mujer que se peinaba con moño caído sobre la nuca, débil de aspecto, y protegida de la humedad del castillo por una toquilla que cubría sus delgados hombros.

Harry miró hacia el coche, por si Vivian había visto como él la

escalofriante escena, pero la muchacha se había puesto tras el volante para tocar más cómodamente el claxon.

El anticuario miró de nuevo a la ventana y vio el gesto que hacía la mujer del cuchillo al percibir el ronco sonido de la bocina. Se aproximó a los cristales, miró hacia abajo, y el cuchillo resbaló de sus dedos.

Luego, dio media vuelta y desapareció. La luz se apagó un instante después, y Harry quedó con el corazón estremecido y la desagradable sensación de haber sido víctima de una alucinación.

Su secretaria se asomaba por la portezuela.

—¡Eh, señor Evans! ¿Qué le sucede?

El muchacho corrió hacia la puerta y golpeó rudamente en ella con el pesado llamador de bronce.

Tuvo que repetir la llamada muchas veces antes de que oyera el chirriante sonido de los cerrojos al ser descorridos.

La pesada puerta se abrió y una luz potente cegó al empapado anticuario.

—¿Quién llama así a estas horas? —preguntó una voz sonora y reposada.

—Mi nombre es Harry Evans y soy anticuario de Londres. He venido a causa del anuncio.

La luz no se apartó un milímetro.

—¿Le acompaña alguien?

—Una empleada de mi establecimiento.

La potente linterna se desvió.

—Una mala noche para viajar —comentó el criado que apareció tras la lámpara, una vez que hubo examinado a su satisfacción a los viajeros.

—Hemos tenido una avería en el coche y eso nos ha retrasado. ¿Podemos entrar?

—¿Eh? Oh, por supuesto.

Harry sentía cómo el agua resbalaba desde su cuello a la punta de los pies.

Por eso volvió sobre sus pasos y auxilió a Vivían para que llegase al edificio sin contratiempos.

—¿No llevan equipaje? —preguntó el criado de pálidas facciones y largas patillas.

—Teníamos intención de regresar a Londres esta misma noche.

El criado cerró la puerta.

—Temo que eso no sea posible ya. ¿Me equivoco?

—Creo que no.

—Informaré a *lady Kitts* de su llegada. *Lady Kitts* dispondrá ropas secas para ustedes.

Les condujo a un severo salón solitario, y después de indicarles sendos sillones, desapareció, pisando como los gatos.

Vivian estaba arrebujaada en un oscuro impermeable que pertenecía a Harry, dando diente con diente.

—Qué espantoso lugar —murmuró.

Harry no respondió y fue a una vitrina donde se exhibían varios marfiles.

—Son de muy buena calidad —comentó.

La muchacha apretó los labios.

—¿No puede olvidar los negocios ni siquiera empapado en agua?

—Hay algo más que me preocupa, Vivian. Algo más importante que el estado de mis ropas y...

Crujió la puerta y se volvieron. Un ama de llaves de cabello oscuro y edad indefinible se inclinó levemente desde el vano.

—*Lady Kitts* se muestra satisfecha de ofrecerles su hospitalidad. Si me acompañan, les indicaré sus habitaciones...

Vivian miró a Harry y éste preguntó:

—¿Cuándo podrá recibirme?

—*Lady Kitts* se halla muy delicada. Su estado... no le permite recibir visitas.

Evans arqueó las cejas, pero el ama de llaves añadió:

—Tengo instrucciones para facilitarles cuanto necesiten. En lo que respecta a las tallas sajonas, deberán tratar con el señor Davis.

Harry examinó atentamente a la rígida ama de llaves, sin que ésta variase un ápice su hierática actitud. Era alta, de hombros huesudos y negros cabellos pegados al cráneo.

Evans le buscó un moño bajo la nuca, pero no lo halló. Las oscuras pupilas de la enigmática mujer mantuvieron firmemente la mirada masculina hasta que al fin dio media vuelta y mostró la salida.

—Es por aquí.

Subieron al primer piso por una escalera que salía del amplio

hall y desembocaba en un amplio vestíbulo superior al que daban numerosas puertas. Los escalones estaban flanqueados de armaduras de todos los estilos, y en la pared se sucedían las panoplias con armas de los más variados tamaños.

Vivian miró asustada a Harry, pero éste no dijo nada mientras subía los escalones tras la erguida figura del ama de llaves.

Ella les abrió dos puertas contiguas y encendió las luces.

—Creo que encontrarán cuanto necesiten; pero avísenme en caso contrario. Soy la señora Gray.

Se inclinó levemente y desapareció por un pasillo. Harry se quedó mirándola hasta que la figura de la señora Gray se perdió en un recodo.

Vivian se aproximó a su jefe, extremadamente pálida.

—Todo esto es tan...

No terminó la frase, pero miró en torno significativamente. La luz no era abundante y las armaduras y los viejos muebles creaban amplias zonas sombrías que resultaban inquietantes, mientras en el exterior proseguía la tormenta.

—Tenga cuidado, Vivian. No quiero asustarla, pero... no se pierda por ahí.

—¿Qué ocurre? —Se alarmó ella.

—Prefiero no hablar de ello ahora. Vístase lo antes posible con la ropa que le hayan preparado.

Entró en la habitación que le habían destinado y cerró. Había un armario con gran cantidad de ropa nueva que olía ligeramente a naftalina. Las puertas del mueble se hallaban abiertas, invitándole a que eligiera él mismo lo que gustara vestirse.

Se puso un pantalón oscuro y una chaqueta deportiva con refuerzos en cuero en los codos. Estaba mirándose en el espejo cuando sonaron unos golpes en la puerta.

¡Toc! ¡Toc!

Giró en redondo y luego se dirigió rectamente a la puerta, que abrió con los nervios tensos.

Un criado completamente calvo se inclinó ligeramente sin dejar de mirarle con ojos grises, cristalinos casi.

—La cena será servida dentro de quince minutos, señor.

—Oh, gracias.

Pero el fámulo no se retiró.

—¿Halló todo a su gusto, señor? Si necesita algo, hágamelo saber. Mi nombre es Norman.

—Gracias, Norman.

La puerta de la habitación de Vivian se abrió. La muchacha, muy pálida, apareció en el hueco.

—Oí un ruido... Oh, es usted, señor Evans.

Harry la miró. Vivian había secado sus cabellos húmedos y los había recogido hábilmente. También se había cambiado de falda, aunque seguía llevando el mismo suéter de recio tejido.

Norman desapareció silenciosamente dejándolos solos.

La muchacha se reunió con su jefe.

—Esta casa parece...

—¿Embrujada? —preguntó Harry, y en su voz no había asomo de burla.

Vivian se extrañó por ello.

—Tiene usted una expresión rara en el rostro, señor Evans. Como si hubiera visto algo insólito, o como si temiera...

La tomó del brazo.

—¿Ha terminado de arreglarse?

—Sí... en lo que cabe. Debo tener un aspecto horrible, ¿verdad?

Su jefe no respondió. No le gustaba ser víctima de la coquetería femenina.

CAPÍTULO II

Estaban reunidos en el comedor. Era éste una pieza amplísima y mal iluminada, de forma que no se veían apenas los extremos de la misma. Las paredes dejaban ver los bloques de piedra de la construcción, y por doquier se veían armas antiguas, armaduras, bargueños de viejo roble y herrajes oxidados por el tiempo.

La mesa era muy larga y a ella se sentaban más personas de las que podía esperar cualquiera, en un castillo como Romney Manor.

Harry Evans miró en torno. Le habían destinado un sitio situado aproximadamente en la mitad de la larga mesa. A su derecha tenía a un tal doctor Milton Allen; más allá desmenuzaba migas de pan Cliff Champion, un viejo amigo de *lady* Kitts, al parecer; en el extremo más alejado, miraba, nerviosamente a unos y a otros Rock Francis, sobrino de *lady* Kitts, a cuyo lado habían colocado a Vivian Emerson; seguía Ben Davis, experto en arte; y concluía la lista Magda Haydon, enfermera y lectora de *lady* Kitts. Esta última no había comparecido por hallarse indispuesta, según anunció la señora Gray, el ama de llaves.

Ben Davis hablaba en aquel instante. Harry le había catalogado como un viejo zorro al que no era fácil engañar. Tenía el cabello blanco y los hombros algo cargados, de forma que siempre parecía excesivamente inclinado hacia adelante:

—El difunto lord Kitts sentía una gran pasión por el arte sajón. Ése fue el motivo de que adquiriera este viejo castillo, ya que se conservan en él numerosos vestigios sajones y, sobre todo, por ser ésta la región que primero pisaron los invasores cuando llegaron a las islas...

—Yo también estoy interesado por el arte sajón, señor Davis —dijo Harry.

—¿Como coleccionista..., o como anticuario?

—Me seduce grandemente la ingenuidad expresiva de esos

feroces luchadores. Pero mi vida está basada sobre el comercio de antigüedades y debo pensar siempre en el futuro comprador.

—Oh, es natural. Siempre que se viva con arreglo a un sólido criterio moral, es claro.

Usted no ignora cuántos anticuarios pasan por auténticas las más variadas falsificaciones.

—No son anticuarios, sino delincuentes —puntualizó Harry algo secamente.

—Disculpe, no fue mi intención ofenderle —se excusó Davis.

Evans miró al sobrino de *lady Kitts*.

—¿Cree usted que podré entrevistarme mañana con *lady Kitts*, señor Francis? Me urge realizar esta operación para regresar a Londres.

Rock Francis pareció más nervioso que nunca.

—Verá... ¡jem!... Mi tía ha delegado este asunto en el señor Davis.

El propio Ben Davis añadió:

—Yo asesoré al difunto lord Kitts cuando reunió su colección, y su viuda me ha pedido que haga lo propio, ahora que desea deshacerse de ella. Tengo plenos poderes para llegar a un acuerdo.

Harry prestó su atención al pastel de riñones que la camarera puso ante él.

—¿Cuándo podré ver esa colección? —inquirió.

—Después de cenar, si tanta prisa tiene.

Cenaron tranquilamente, charlando de asuntos intrascendentales. Los reunidos en torno a la mesa trataban de aparentar una indiferencia que se veía forzada. Había algo en la atmósfera del comedor que ahogaba. Harry sorprendió más de una vez las miradas furtivas de los invitados de *lady Kitts* en dirección a la puerta del comedor, como si aguardaran o temieran algo.

Se inclinó hacia el doctor Allen.

—¿Su presencia aquí se debe a motivos profesionales?

Milton Allen parpadeó tras sus gruesas gafas de carey, como pillado en falta. Sus ojillos redondos vagaron hasta encontrar la mirada dura de Ben Davis.

—*Lady Kitts* se encuentra algo delicada de salud... —respondió el médico con dificultad.

Rock Francis articuló:

—Le mandamos llamar en vista de... las circunstancias.

Davis intervino:

—Es suficiente, Rock. No creo que a tu tía le guste esta conversación.

El silencio que siguió fue tenso, doloroso casi. Hasta los criados tenían una rigidez que les hacía caminar envarados, con los nervios a flor de piel.

Rompió la tensión Cliff Champion con volubilidad exagerada. Su bigote canoso saltó sobre su amplio labio superior al exclamar:

—¡Yo me pregunto cómo puede Magda conservar su belleza aguantando a diario a Evelyn!

Ben Davis dio un puñetazo en la mesa.

—¡Eso es una impertinencia, Cliff! —chilló.

Todos fijaron sus miradas en ambos invitados.

—¿Por qué? —Rió Champion—. Conozco a Evelyn Kitts desde hace cuarenta años y tengo con ella confianza suficiente para decirle lo que me parezca. Y te aseguro que jamás me he mordido la lengua para hablar. ¿O es que vais a negar que Evelyn está insoportable últimamente...?

Davis se incorporó, congestionado el rostro.

—¡Esto es demasiado!

Champion se acarició el bigote.

—¡Cálmate, Davis! —Y luego más normal—: Es del dominio público en la comarca lo que le sucede a Evelyn...

Magda Haydon parecía confusa debido al giro de la conversación. Sus pómulos angulosos estaban teñidos de carmín y saltaba a la vista que lamentaba ser, en cierto modo, responsable de una escena tan delicada.

Evans la examinó con atención. No era fácil calcular su edad, aunque indudablemente no había pasado de los treinta. Tenía unas facciones muy cuidadas y sugestivas, y sus ojos oscuros parecían guardar un enigma que resultaba embriagador. Harry se dijo que Magda estaba llena de vida y que tendría que dominarse mucho para vivir en aquel sórdido ambiente.

Sus manos de largos y blancos dedos se movieron sobre el mantel.

—*Lady Kitts* ha pasado una tarde muy sosegada.

Sus palabras, lentas y serenas, parecieron tranquilizar a todos.

Ben Davis se volvió hacia ella.

—Así, pues, el tratamiento del doctor Allen es eficaz.

El médico carraspeó, molesto por aquella desconsiderada expresión.

—Espero que no me enseñará mi oficio, ¿eh, señor Davis?

El aludido se encogió de hombros, irritado todavía por su discusión con Champion.

—Discúlpeme, pero los siquiatras no me merecen demasiadas garantías. Siempre he dicho que se expresan con palabras que nadie entiende, y eso generalmente encubre un *bluff*.

El doctor Allen pareció morder las palabras:

—¡No voy a consentirle...!

Pero Rock Francis alzó una mano.

—En ausencia de mi tía yo soy el anfitrión y les exijo que respeten la hospitalidad de *lady Kitts*.

Ben Davis se incorporó rudamente y abandonó la mesa sin decir una sola palabra.

Únicamente cuando se encontró en el límite de luz, se volvió y dijo:

—Le acompañaré a ver esas tallas sajonas más tarde, señor Evans. Avíseme cuando esté dispuesto.

Luego abandonó el comedor.

Pasaron varios minutos antes de que alguien rompiera el desagradable silencio:

—El carácter de Ben Davis le ha puesto siempre en situaciones difíciles —comentó Cliff Champion—. Pero no lo tomen en consideración: todo son fuegos de artificio.

Harry se volvió hacia el doctor Allen:

—¿Sufre *lady Kitts* alguna perturbación?

El siquiatra se tomó tiempo para buscar las palabras:

—No podemos afirmar todavía cuál es su estado. Sería arriesgado aventurar un dictamen, por cuanto nadie puede poner fronteras a la mente humana.

Francis añadió:

—Mi tía sufre... algunas alucinaciones, eso es todo. Quizá es el ambiente de este castillo. —E hizo un gesto amplio—. Ya ven ustedes cómo es esto: muy propio para las gentes de ocho siglos atrás, no para nosotros. Pero ella no desea salir de aquí. Lord Kitts

murió entre estas paredes, y... está dispuesta a no abandonar el lugar que él tanto amaba.

—Comprendo —admitió Harry—, pero ustedes deberían intentar sacarla de aquí.

—Lo hemos hecho, sin resultado.

Vivian habló por vez primera y sus palabras resultaron temblorosas:

—Yo, en cambio, deseo abandonar esta región cuanto antes...

Cliff Champion rió de buena gana.

—Su secretaria parece tener miedo —dijo dirigiéndose a Harry.

Éste asintió.

—Ella piensa que Romney Marsh está lleno de fantasmas y de aparecidos.

Champion volvió a dejar oír su risa ruidosa.

—¡Tiene gracia! ¿De verdad piensa en esas tontas historias?

—¡Son ciertas! —protestó Vivian.

Magda Haydon murmuró con voz apenas audible:

—Yo también pienso que esta tierra es maldita. ¿No ven qué noche hace?

—No debes dejarte llevar por los nervios, querida —aconsejó Rock Francis, palmeando la mano de Magda.

Ésta sonrió pálidamente.

—Yo... necesito marcharme de aquí, Rock. ¡No puedo soportarlo más!

Se incorporó también y Francis acudió a su lado. Era obvio que tenía por la muchacha un interés sentimental que no se preocupaba de disimular.

La cena terminó desmayadamente y Evans se dijo que en Romney Manor rondaba una tragedia que quizá se hubiera materializado ya, a juzgar por lo que había visto desde el exterior del castillo cuando llegaron.

Los comensales se trasladaron a un saloncito donde fue servido el café. Francis continuaba consolando a Magda y persuadiéndola para que continuara al servicio de *lady* Kitts por lo mucho que ella la apreciaba.

Cliff Champion se sentó en un sillón frente a Harry, y Vivian ocupó otro al lado de su jefe. El doctor Allen se puso a cargar meticulosamente una vieja pipa de espuma.

Champion señaló a la pareja formada por Francis y Magda que había ocupado el sofá más alejado del lugar donde se habían sentado el resto de los invitados.

—Es evidente que se aman, ¿verdad?

Harry asintió.

—Por lo que he podido oír, *lady Kitts* aprecia mucho a Magda. ¿O me equivoco quizá?

—En absoluto. Lleva varios años a su servicio y es para Evelyn una compañía de inapreciable valor. Lee muy bien y tiene una conversación muy amena, cuando no pierde los nervios como ahora. Además, sabe cuidarla con exquisito tacto.

—¿Hay motivo para que se encuentre así?

—¿Motivo? —Champion se atusó el bigote—. Se lo diré puesto que nadie lo ignora ya en Romney Marsh: Evelyn, quiero decir, *lady Kitts*, tiene perturbadas sus facultades mentales..., en algunas ocasiones. Generalmente, posee una apariencia normal y nadie diría que su mente pierde el equilibrio con cierta frecuencia. Cuando eso ocurre..., ejem..., es peligrosa.

Vivian exhaló un gemido y se puso tensa, aferrando con desesperación los brazos del sillón en el que se había sentado.

—¿Quiere decir que puede llegar a atentar contra la seguridad de... alguien? —preguntó Evans.

—Sí. El doctor Allen hace lo que puede, ¿no es cierto, Milton? —preguntó alzando un poco la voz para que sus palabras llegaran hasta el siquiatra.

El doctor Allen despegó la pipa de sus labios y asintió con lentas cabezadas.

—Quizá fuera de este ambiente pudiera ser tratada adecuadamente, pero así...

—¿Por qué no la llevan a una clínica?

—No desea salir de aquí.

—En casos como éste, rara vez se tiene en cuenta la opinión del enfermo. Basta con el permiso de los familiares.

Champion intervino:

—Ahí reside la dificultad de este asunto. Rock Francis es el pariente más próximo que tiene Evelyn, y él no quiere oír hablar siquiera de ello. Eso no se lo dijo él antes.

—¿No es imprudente su actitud?

—Quizá —admitió Champion— pero no es fácil enviar a un ser querido a un manicomio. Yo no puedo resistir esa idea. Como amigo íntimo de Evelyn me fue solicitada mi opinión y apoyé a Francis.

—¿También usted?

—Sí; aprecio demasiado a Evelyn, ¿sabe? Pude haberme casado con ella y no lo hice: por ello me siento un poco responsable de su seguridad. Ben Davis fue de la misma opinión y, por supuesto, Rock Francis denegó el permiso.

El café fue servido por la misma doncella que les sirviera la cena. Harry lo probó, hallándolo exquisito.

La estancia no perdía su frío especial, a pesar de que en la chimenea ardía un buen fuego de troncos. Las llamas danzaban devorando los leños y produciendo sombras cambiantes en las paredes.

—¿Ha dado *lady* Kitts motivos para temer que cometa algún acto... peligroso?

El doctor Allen se reunió con ellos.

—Sí; he tratado de hacerles ver que era más sensato internarla, pero no me han hecho caso. En cierta ocasión se arrojó sobre Magda, tan querida por ella, y... la hirió con un cuchillo.

—Pero...

—Cuando pierde la razón se le desata un instinto sanguinario: ha matado ya a todos los animales domésticos de la casa, e incluso ha atacado a los rebaños que pastaban por los alrededores.

Iba a decir algo más, pero Rock Francis se presentó a su lado.

—Ya es suficiente, doctor. Quedamos en que esto era un caso confidencial.

Champion salió en defensa del siquiatra:

—Ya no se puede mantener oculto lo que ocurre, muchacho. Tú lo sabes.

El sobrino de *lady* Kitts apretó los labios.

—¡No me gusta que las habladurías nazcan de las mismas personas que estamos obligados hacia mi tía!

Magda le tomó del brazo.

—Cálmate, Rock. Es preciso darnos cuenta de la realidad. Te he dicho muchas veces que deberíamos hacer algo más por *lady* Kitts.

—Ella desea permanecer aquí... y aquí estará mientras yo pueda evitar lo contrario.

Harry Evans cruzó las piernas.

—Hay algo que debo decirles, señores. Cuando llegamos en mi coche y llamé a la puerta vi algo en el primer piso del torreón que me horrorizó.

—¿En el torreón? —Repitió Champion—. No es posible: esa parte está deshabitada.

—¿Qué es lo que vio? —preguntó el doctor Allen.

—La ventana estaba iluminada y en los visillos se reflejó la figura de una mujer con un cuchillo en la mano. Con furia dio tres cuchilladas a algo que no podía ver porque lo ocultaba el alféizar de la ventana, y sólo cuando oyó el claxon del coche huyó de allí.

—¿Dice que tenía un cuchillo? —jadeó Francis, intensamente pálido.

—Sí; parecía furiosa.

—¡Cielos! —Exclamó el siquiatra—. Debemos ir a ver qué ha sucedido.

Magda parpadeaba, en el colmo del asombro.

—Pero... no puede ser. *Lady Kitts* está reposando.

Yo misma puse el calmante, doctor.

—¿Está segura de que le inyectó la dosis debida?

—Oh, claro que sí. Se la administré hace más de dos horas. ¡Tiene que estar durmiendo...!

Harry insistió:

—No sufrí alucinaciones, pueden creerme. Vi la silueta de una anciana, con moño bajo la nuca y toquilla de punto sobre los hombros.

—¡Es ella, no hay duda! —Exclamó Champion—. Pero ¿cómo ha podido llegar hasta el torreón? Hace años que nadie entra allí.

Francis tiró del brazo de Magda.

—Vamos, rápidos.

El doctor Allen les siguió, y quedaron solos Harry, Vivian y Champion. La muchacha tenía una expresión horrorizada en el rostro.

—Entonces..., por eso me extrañó su gesto al entrar...

Harry trataba de hallar alguna expresión reveladora en las facciones de Champion.

—No se preocupe demasiado: probablemente, Evelyn sólo destrozó un almohadón —dijo el amigo de la anciana.

Se incorporó el anticuario y Vivian se colgó de su brazo.

—¡Quiero marcharme de aquí!

Su jefe supo dominarse.

—No hay peligro alguno, Vivian: ya ve cuán tranquilo está el señor Champion.

El aludido no pareció comprender la alusión de su interlocutor.

—Hemos tenido varios sustos como éste y nunca resultó nada peligroso. He aprendido a no alterarme.

—Tiene mucha suerte al poder dominar sus nervios. El señor Francis pareció más afectado.

—Se preocupa demasiado por su tía.

Harry notaba el temblor de Vivian, pegada a su costado y sujetándole fuertemente el brazo, pero no quiso distraer su atención. Había demasiadas cosas extrañas en Romney Manor para permitirse un descuido.

De pronto, resonó contra las pétreas bóvedas del castillo un grito escalofriante.

Champion arqueó las cejas y Vivian se desplomó, víctima de sus nervios. El grito, agudo y horrible, flotó en el aire durante muchos segundos hasta que se extinguió en las sombras del fondo del vestíbulo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Harry serenamente.

Champion miraba por la abierta puerta del salón a las sombras del vestíbulo. No se podía ver desde allí el arranque de la escalera que conducía al piso superior, pero era evidente que algo ocurría allá arriba.

Evans sujetó a Vivian de la cintura y la obligó a mantenerse de pie.

—¡No es hora de desmayarse! —gruñó, tensamente, y su mano abofeteó sin demasiada fuerza las mejillas de la muchacha.

La sangre volvió a los descoloridos pómulos y Vivian abrió los ojos, lloriqueando.

—Es preciso que se haga fuerte. No tema nada: está a mi lado.

Champion salía del salón.

—Será conveniente que vayamos a ver.

Corrieron hacia el amplio *hall*. Cuando llegaban a la escalera, surgió de detrás de una armadura la maciza figura de Norman, el criado calvo. Harry casi tropezó con el inquietante criado.

—Oh.

Champion se volvió en redondo. Los ojos grises, casi incoloros, de Norman, estaban fijos en el rostro de Vivian, que empezó a gritar.

Harry la sacudió para calmarla.

—¡Silencio!

Luego se encaró con el criado cuya aparición les sorprendiera. Iba a decirle algo, pero Norman se le adelantó.

—Es mejor que no suba la señorita —aconsejó con voz muy lenta.

—¿Por qué?

—Parece muy impresionable y... hay sangre, mucha sangre.

—¿Qué ha sucedido? —Preguntó Champion—. Vamos, Norman, habla de una condenada vez.

Incluso el jovial y ruidoso Champion parecía haber perdido el dominio de sus nervios.

—No lo sé.

—¿Y esa sangre?

—Arriba, ante el dormitorio de *lady* Kitts.

—¿Ha sido ella quién ha gritado?

—No; el señor Francis, el doctor y Magda iban muy de prisa. Magda pisó la sangre y resbaló.

Harry empujó a Vivian hacia la escalera.

—De prisa.

Champion fue tras ellos, subiendo los escalones de dos en dos.

Encontraron fácilmente el dormitorio de *lady* Kitts al final de un pasillo iluminado. Un grupo excitado trataba de hacerse oír a un tiempo mientras Magda luchaba por dominar su ataque de nervios bajo los cuidados de Rock Francis.

Harry se metió entre ellos. Allí estaban también Ben Davis y la señora Gray. Esta última era la más serena.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Evans, decididamente.

No hacía falta preguntar. En el suelo había un reguero de sangre y la manecilla de la puerta, así como la pared en su parte más próxima al marco presentaba la huella; sangrienta de unos dedos.

—¡Qué horror! —exclamó Vivian, lastimeramente.

El doctor Allen carraspeó y alzó la voz:

—¿Quién tiene la llave de esta puerta? Es preciso saber cómo se

encuentra *lady* Kitts.

Harry maniobró en el tirador de la puerta, encontrándola cerrada.

—Es preciso que no perdamos la cabeza —dijo, serenamente—. Vamos a ver: ¿quién ha cerrado esta puerta?

La señora Gray respondió:

—Es Magda quien encierra a *lady* Kitts, siguiendo las instrucciones del doctor Allen.

Al fin Magda se serenó lo suficiente para comprender que era la llave de la habitación lo que se pedía de ella. Fue Rock Francis quien hizo girar la llave en la cerradura y franqueó la puerta.

Todas las miradas confluyeron en el interior. Vanamente trató Francis de impedir que entraran en el dormitorio de *lady* Kitts, porque nadie le hizo caso.

Cuando se encontraron ante el amplio lecho con baldaquino, débilmente iluminado por una pequeña lámpara situada sobre la mesilla, retrocedieron horrorizados.

Las sábanas que cubrían a la frágil anciana estaban manchadas de sangre y ella misma tenía las manos enrojecidas. Unas huellas sangrientas se dirigían desde la cama a una puerta cerrada.

Harry fue el primero en ver aquellas huellas y sin vacilaciones abrió la puerta tras la que desaparecían.

Ocultaba un cuarto de baño de diseño antiguo y abundantes cobres. Pero lo más importante era el lavabo lleno de agua enrojecida.

Vivian entró también corriendo como una loca para refugiarse junto a su jefe.

—No; oh, no, yo no quiero estar aquí ni un minuto más.

Harry la sujetó de los hombros y la obligó a salir. Tras la puerta, al volverse, vieron un gran cuchillo de trincar que tenía las mismas marcas rojizas. Evans le tapó los ojos a su secretaria y la obligó a abandonar el cuarto de baño.

Ben Davis les bloqueó la salida con su cuerpo cuando intentaron salir.

—¿Qué han encontrado ahí dentro?

—Véalo usted mismo. Y luego avisen a la policía: creo que es lo más sensato que se puede hacer.

El doctor Allen se hallaba inclinado sobre el cuerpo de *lady* Kitts

que continuaba durmiendo, sin escuchar al parecer el escándalo que había en su dormitorio.

—Se encuentra bajo los efectos del calmante que usted le administró, Magda.

Francis sujetaba entre las suyas una de las manos de su tía.

—Está profundamente dormida, y sin embargo...

Champion miraba también el pálido rostro de la anciana.

—No es posible que haya podido salir de aquí. Además, se le administró una droga para retenerla dormida...

El siquiatra cubrió de nuevo el cuerpo de *lady* Kitts, enfundado en un anticuado camisón de encajes y cintas sobre el que se veían manchas rojas.

—Nada podemos hacer hasta que despierte. Quizá luego pueda decimos qué ha hecho.

—No recordará nada —pronosticó Champion—. Como en las otras ocasiones.

Francis fue empujando a todos hacia la salida. Magda se había serenado casi por completo a pesar de que todavía apretaba un pañuelo entre sus dedos.

Harry Evans se puso al lado de la enfermera y lectora de *lady* Kitts.

—Hay algo que no comprendo, señorita Haydon. ¿Cómo pudo salir *lady* Kitts de su habitación si la puerta estaba cerrada? Porque usted la cerró, ¿no es cierto?

—Sí; ya lo ha hecho otras veces.

—¿Hay alguna explicación razonable?

Rock Francis, al acercarse a Magda oyó la pregunta y fue él quien respondió:

—Este viejo castillo tiene ocho o nueve siglos de antigüedad, señor Evans, y usted ya sabe cuán aficionados eran nuestros antepasados a construir galerías y trampas secretas.

—¿Quiere usted decir que *lady* Kitts utiliza pasadizos desconocidos que construyeron dentro de los gruesos muros los que erigieron el castillo?

—Sí.

—Entonces, ¿de qué vale cerrar la puerta?

—Prácticamente, de nada. Antes de saber que ella conocía la red de pasadizos secretos del castillo, tuvo alguna razón de ser esta

costumbre. Ahora, ya no sirve de nada.

Una vez en el pasillo, Evans insistió:

—¿Por qué no inutilizan los pasadizos, en ese caso?

Francis le miró largamente, pero al fin explicó:

—Nadie conoce esos pasadizos, salvo mi tía. Jamás hemos podido encontrar las salidas de los mismos, pero sabemos que existen porque hemos visto a mi tía fuera de su habitación, habiéndola dejado encerrada.

Ben Davis intervino:

—Hay, además, en la biblioteca, un libro que habla de esos pasadizos.

La señora Gray cerró la puerta del dormitorio de la anciana y entregó a Magda la llave.

Había un silencio sepulcral en aquella parte del castillo. Era como si todos sintieran que la vida se escapaba de sus cuerpos y trataran de hacer desesperados esfuerzos para contener hasta el aliento.

—Yo soy el menos indicado para hablar, señores —empezó Harry—, pero creo que debemos hacer algo.

—Yo pienso lo mismo —corroboró Champion.

Rock Francis se puso en movimiento.

—Hablaremos mejor sentados cómodamente. Señora Gray, haga que nos traigan algún licor. Sospecho que lo necesitamos todos.

Al otro lado del vestíbulo del piso superior había otro salón a través de cuyos ventanales se veía el desarrollo de la violenta tormenta. Antes de encender las lámparas, percibieron por unos instantes los fogonazos azulados de los rayos que culminaron en el estruendo horrisono de los truenos, amplificados por el tiro de la chimenea.

Magda corrió unas pesadas cortinas que ocultaron la visión del mundo exterior.

Evans encendió un cigarrillo y quedó en pie, examinando a los habitantes de Romney Manor.

Había palidez en todas las facciones. Vivian temblaba de tal modo que era posible escuchar el tableteo de sus dientes al entrechocar a causa del miedo. Magda se contentaba con destrozar el pañuelo que sujetaba en la mano. Champion dejaba traslucir su nerviosismo sólo gracias a los tirones que daba a su bigote. Ben

Davis apretaba fuertemente los puños y Rock Francis se mordía las uñas.

Milton Allen entró el último, limpiándose una y otra vez los gruesos cristales de las gafas.

—Hay dos hechos que no debemos olvidar, señores —empezó Harry, con firme acento—. Yo vi a una mujer que responde a la descripción de *lady Kitts* cómo apuñalaba algo o a alguien, y ahora hemos encontrado una gran cantidad de sangre e, incluso, un terrible cuchillo de trincar cubierto de sangre. Ustedes parecen ya acostumbrados a esta extraña situación, pero yo hago, una sola pregunta: ¿de dónde procede tanta sangre?

Magda fue la primera en responder:

—Probablemente de algún animal doméstico: un gato o un pollo que habrá tomado de la cocina.

El anticuario arqueó las cejas:

—¿Nadie propone que vayamos a ver la habitación del torreón dónde se desarrolló esa impresionante escena?

Ben Davis dio un manotazo en el aire:

—¡Rayos! Deberíamos ir a echar una ojeada.

Francis se pasó la mano nerviosamente por las pálidas mejillas.

—¿Qué piensan que podemos hallar? ¿Algún cadáver descuartizado? ¡Les digo que *lady Kitts* es completamente inofensiva! No es ningún delito cortarle la cabeza a un pollo, ¿verdad? Nuestra cocinera hace ese menester todos los días y nadie ha pensado en encerrarla en un manicomio.

—Pero *lady Kitts* no es cocinera, ni tampoco está en el pleno uso de sus facultades mentales cuando hace cosas como ésa —rebatía Harry.

El sobrino de la propietaria del castillo apretó los labios furiosamente y miró colérico al anticuario. Luego, ronca la voz, pidió:

—Le agradeceré se mantenga al margen de esto, señor Evans. No preciso recordarle que usted se encuentra aquí sólo para adquirir unas tallas sajonas.

El muchacho asintió.

—Es cierto. Pero debo velar por mi seguridad y la de mi secretaria.

—Nada mejor para ello que abandonar este castillo, señor Evans

—declaró glacialmente Rock Francis.

—Mi coche está averiado. Si usted puede hacer que venga un mecánico de la ciudad para...

—No disponemos de teléfono, pero sí de un coche: puede llevárselo hasta la parada de taxis más próxima y dejarlo allí. Nosotros lo recogeremos mañana.

Harry Evans miró el rostro de los reunidos. Rock Francis parecía haber perdido los nervios y no usaba de ninguna delicadeza para tratar de echarle de Romney Manor. Harry se preguntó el motivo de aquella falta de cortesía.

Magda permanecía junto a Francis y parecía abstraída en los jirones del pañuelo que maltrataba; Ben Davis se limitaba a abrir y cerrar los puños, mientras Champion se acariciaba el bigote y el doctor Allen limpiaba una vez más sus lentes sin los cuales no era capaz de distinguir las facciones de ninguno.

El anticuario notó de nuevo el escalofrío que le había acometido al ver la escena de la ventana y que le anunciaba la existencia de intenciones siniestras dentro de aquella lóbrega mansión.

—El caso es que he realizado un largo viaje sólo para examinar unas tallas sajonas. No voy a marcharme sin verlas.

Francis se volvió hacia el experto en arte.

—Le agradeceré se encargue de ese asunto, Ben. Y por lo que respecta a lo que nos preocupaba, creo es preferible olvidarlo. He mandado que nos sirvan en la biblioteca un coñac de hace doscientos años. ¿Alguno es capaz de desdeñar semejante invitación?

Ben Davis, que había tomado a Harry del brazo para sacarlo de allí, se volvió a mitad del camino y advirtió:

—¡Eh, Rock, guardadme algo!

Una vez en la sombría escalinata, sintiendo en su brazo la férrea presión de los dedos de Ben Davis, el anticuario oyó:

—Usted sólo debe preocuparse de esas tallas sajonas, señor Evans. Le conviene hacerlo así.

Harry notó a su lado el temblor de Vivian, colgada de su brazo. Volvió la vista para mirar al experto en arte y tropezó con la mirada dura y afilada como un estilete de sus ojos fríos. En la penumbra brillaban malignamente y Harry pensó de pronto que una caída por aquella larga y empinada escalera podía tener dramáticas

consecuencias.

CAPÍTULO III

Una hora después regresaban de examinar minuciosamente las tallas que *lady Kitts* guardaba en una de sus salas de arte del castillo, cerca del torreón donde Harry Evans había visto desde el exterior la siniestra escena del acuchillamiento.

Ben Davis sonreía cuando les dejó ante la puerta de sus habitaciones.

—Bien, Evans, ya ha visto los tesoros del castillo. ¿Cuál es su decisión?

—Le responderé mañana, ¿eh?, esta noche pensaré sobre eso. Pero guárdeme una opción, en el caso de que a primera hora se presente otro anticuario.

—Descuide; se lo prometo.

Davis bajó de nuevo las escaleras y se dirigió a la biblioteca donde debían continuar reunidos los habitantes del castillo. Harry quedó en el vestíbulo del piso alto, junto a Vivian, que apenas había despegado los labios en el transcurso de la noche.

La muchacha le tomó de los brazos.

—Creo que voy a volverme loca de miedo —susurró.

Era cierto. Tenía las pupilas dilatadas y los hermosos labios se mantenían entreabiertos, aspirando ansiosamente el húmedo aire de la mansión. Fuera, la tormenta, había amainado y, aunque llovía, habían cesado los truenos.

—Debe calmarse, Vivian.

—No —sacudió los dorados cabellos al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Es imposible. No puedo hacerlo. ¿Por qué no acepta el coche que le han ofrecido y salimos de este horrible lugar?

Harry miró en torno antes de responder y bajó la voz:

—Tengo que hacer algo todavía.

—¿El qué?

—Deseo examinar la habitación donde *lady* Kitty apuñaló a alguien.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¡Yo no puedo resistir más!

—No tema: no va a sucederle nada a usted.

—¿Y toda esa sangre?

—Hay alguien en este castillo que tiene una mente desequilibrada, y esa persona debe ser puesta en manos de la policía. O de los médicos. Lo que no es posible es que se le deje cumplir fácilmente su horrible plan.

La muchacha ululó:

—No debí haberle acompañado. Usted me prometió un fin de semana delicioso, y...

Harry la tomó entre sus brazos y la acarició suavemente, quizá impulsado por la tensión que reinaba en el ambiente. Vivian, a pesar de todo, se sintió confusa porque jamás había mostrado su jefe tan expresivo.

—Yo...

—Acuéstese, Vivian —se apartó de ella con cierta brusquedad, como si se diera cuenta de pronto de lo inconveniente que había sido su actitud—. Yo investigaré.

Ella negó con vehemencia, al tiempo que le sujetaba de nuevo de las solapas:

—¡Oh! No iré a decirle que me quede ahí dentro, sola en ese espantoso dormitorio, ¿verdad?

—Es lo mejor para usted: nadie la molestará.

—¡No pienso apartarme de usted en toda la noche! —Casi chilló la muchacha—. Iré a donde sea, y... luego abandonaremos el castillo.

—Acepto la primera parte del plan.

Se apartó de ella y miró por los pasillos a fin de cerciorarse de que nadie les observaba.

Luego tomó a Vivian del brazo.

—Vamos.

Caminaron silenciosamente, procurando ahogar el rumor de sus pasos, y Harry se encaminó directamente al torreón, a través de una serie de pasillos en penumbra. En su paseo anterior, acompañado por Ben Davis, había tenido oportunidad de grabar en su memoria el plano de aquella parte de Romney Manor.

Cuando se hallaban en un pasillo lóbrego, Vivian se detuvo de pronto y preguntó en un susurro:

—¿Cómo va a entrar en el torreón? ¿Olvida que está cerrado desde hace años, según han dicho?

Harry la impulsó hacia adelante.

—Ya he pensado en ello.

Y le puso en la mano un objeto frío, áspero y pesado.

Vivian respingó como si hubiera tocado una serpiente y estuvo a punto de gritar, pero reconoció luego que se trataba de una vieja llave.

—¿De dónde la ha sacado?

—Me las arreglé para sustraerla del armario donde se guardan las llaves cuando Ben Davis tomó la correspondiente a la sala donde se guardan las tallas sajonas.

—Pero... ¡eso es inaudito! Va a tener conflictos como no se enmiende.

—No puedo resistir la curiosidad, Vivian. He de ver esa habitación.

—Nos costará caro —pronosticó gravemente.

Continuaron por el dédalo de pasillos, la mayor parte de ellos sin iluminar; pero Harry sorprendió a Vivian con una pequeña linterna que parecía una pluma estilográfica.

—Soy hombre de recursos y no estoy dispuesto a retroceder —dijo a su secretaria.

Se encontraron por fin ante la puerta del torreón. El silencio era allí absoluto. Un silencio que pesaba como un manto de recia urdimbre. Vivian temblaba de cuando en cuando y Harry, por el contrario, sentía su frente bañada en sudor.

Introdujo cautelosamente la antiquísima llave en la cerradura e hizo que ésta girase.

No se produjo ni un solo chasquido porque había sido recientemente engrasada.

La puerta cedió fácilmente al ser empujada. El interior estaba completamente oscuro, amenazador.

—No entre —pidió Vivian.

Harry la tomó de la mano, hallándola fría. La apretó infundiéndole ánimos y enfocó la luz de la linterna al interior.

Era una vieja estancia, con muebles antiguos en los que la

tapicería había cedido bajo el impulso de los muelles.

El anticuario buscó el interruptor de la luz y lo pulsó. Inmediatamente la estancia se llenó de luz.

—¿Por qué hace eso? ¡Pueden vernos!

—No es probable que nadie esté fuera a estas horas.

No había nada alarmante en aquella habitación, al parecer.

Pero Harry Evans estaba decidido a llegar al fondo de la cuestión.

Se aproximó a la ventana que había llamado su atención cuando llegaron a Romney Manor y se situó aproximadamente en la postura que tenía la anciana que viera armada con el gran cuchillo.

Bajó los ojos al suelo.

Estaba húmedo.

Se inclinó. Alguien había fregado recientemente las añejas piedras sin lograr eliminar por completo una mancha oscura.

Una mancha de sangre.

La estudió durante unos instantes, tratando de hallar un significado a un hecho aparentemente ilógico. Romney Manor parecía habituado a la sangre en grandes cantidades. Sin embargo, alguien había limpiado la que se había vertido allí, en un fracasado intento de hacerla pasar inadvertida.

Una sola idea brillaba en su mente, extrañamente lúcida en aquel momento. En esa habitación, la sangre vertida no pertenecía a un animal doméstico, sino a una persona.

De pronto, a su espalda, Vivian empezó a gritar como si hubiera visto cómo se abría el infierno.

El alarido fue agudo, penetrante, y Harry sintió que todo su sistema nervioso saltaba mientras el corazón le galopaba en el pecho.

* * *

Se volvió en redondo. Vivian cayó sobre él, abrazándole angustiosamente y por un momento sólo sintió la turgencia de aquel cuerpo cálido y joven, y el perfume de los rubios cabellos bajo su nariz. Sabía que algo les amenazaba, algo que había hecho gritar a Vivian, pero aun así era capaz de apreciar el atractivo de la muchacha.

Pudo apartarla a un lado.

En la puerta, bajo el quicio, como una aparición espectral, vio a Norman, el criado de la cabeza rapada. Sus facciones eran inexpresivas, y sólo sus ojos podían decir el tenebroso rumbo de sus intenciones.

—Salgan de ahí —ordenó secamente, con un tono de voz impropio en un criado.

Harry, enfrentado con algo tangible, se sintió tranquilo.

—¿Por qué?

—Nadie les ha autorizado a entrar.

—Cierto. Querían que esto se mantuviera secreto, pero yo sabía que aquí se había cometido un crimen. ¿Quién ha muerto, Norman?

—No sé de qué me habla —sus palabras se tornaron monótonas, como si sonaran a través de un largo tubo que oscureciese los matices.

—Lo sabe muy bien, Norman. Yo vi desde el exterior cómo *lady* Kitts apuñalaba a alguien. Y la sangre continúa ahí, bajo la ventana, a pesar de que alguien se ha preocupado de fregar el suelo. ¿Quién fue la víctima?

Norman avanzó hacia ellos.

—Les aconsejo que se acuesten. Se encuentran muy nerviosos... Quizá se han sentido impresionados por el especial ambiente de Romney Manor. Deme la llave que ha sustraído, señor Evans.

Y tendió una mano huesuda, cuyo dorso carecía también de vello.

—¿Quién le ordena que haga esto, Norman?

El extraño criado anunció:

—Estoy perdiendo la paciencia, señor.

Vivian tiró del brazo de Harry y éste cedió. Creía a Norman muy capaz de perder su respetuosa deferencia y mostrar el verdadero fondo de su carácter.

Le entregó la llave y salieron de la habitación. Norman cerró cuidadosamente y se guardó la antiquísima llave en un bolsillo.

CAPÍTULO IV

—Debería arrojarles a los pantanos —rugió Rock Francis mirándoles con ojos centelleantes.

La llave que le entregara Norman estaba sólidamente aferrada por su diestra crispada. El criado de la cabeza rapada se mantenía al margen, una vez cumplida su misión. Harry Evans trató de conservar la calma y se tomó tiempo para responder.

Ésa fue la razón de que el sobrino de *lady Kitts* insistiera:

—Han abusado de mi confianza y han hecho algo... inaudito. Por supuesto que no le venderemos ni una sola talla sajona.

El anticuario acarició el brazo de Vivian, inmóvil y asustada a su lado.

—Hay algo que tiene peor justificación que eso: encubrir un crimen.

Se hallaban solos en el vestíbulo del enorme castillo. Norman se removió, pero no avanzó ni un solo milímetro. Rock Francis apretó aún más la vieja llave en su mano.

—Se ha vuelto loco.

—Usted sabe que no. ¿A quién trata de proteger, señor Francis? Había sangre en el suelo del torreón, y alguien acababa de fregar las losas sin lograr eliminar las señales delatorias. Yo vi cómo se cometía el crimen y le conmino a que avise a la policía.

—No me diga lo que tengo que hacer en mi casa. —Francis mordió las palabras, furioso.

—Hay algo que usted no entiende: primero, Romney Manor no es *todavía* su casa, y segundo, quien ha matado una vez puede volver a hacerlo.

—¡Nadie ha matado aquí! Esas huellas de sangre son de un animal doméstico. Y en cuanto a lo demás, estoy autorizado por *lady Kitts* para manejar sus bienes conforme a mi criterio.

—Correcto. Pero la Ley debe intervenir.

Francis señaló la escalera que conducía a los dormitorios.

—Agradézcanme que no les ponga en los pantanos, bajo la lluvia. No voy a tolerar que me busquen problemas. Naturalmente, en cuanto salga el sol deberán abandonar Romney Manor.

Se volvió, brusco, y desapareció en la biblioteca. Harry y Vivian quedaron solos en el vestíbulo, con la única compañía de Norman. Éste ululó al cabo de unos instantes:

—Les conduciré a sus dormitorios.

Harry comprendió que aquello era una orden y que no le convenía resistirse a ella.

Subieron por la escalinata flanqueada de viejas armaduras. El castillo estaba silencioso, como si en él no viviera nadie. Solamente se percibía el eco pausado de sus pasos resonando contra las altas bóvedas.

Una vez en el vestíbulo superior, Norman abrió los respectivos dormitorios.

—Yo mismo les avisaré por la mañana. Hasta entonces, duerman. Sus ropas las encontrarán secas y planchadas.

—Gracias.

El criado todavía no se retiraba y Vivian inició una protesta. Pero Harry le apretó significativamente el brazo y la volvió para ponerla frente a sí.

—Un beso, querida.

Vivian arqueó las cejas y a sus ojos asomó una expresión de estupor. Evans no le permitió manifestar su negativa a una muestra de afecto tan insólita y se inclinó para besarla, en una mejilla.

Susurró:

—Aguárdeme: volveré al instante. —Y luego en voz alta—: Duerme bien, querida.

La empujó hacia el dormitorio a ella destinado y luego entró él en el suyo.

Por el ojo de la cerradura miró hacia el vestíbulo hasta que vio cómo Norman abandonaba su guardia, seguro de que ellos no se moverían de sus habitaciones.

Aguardó todavía unos instantes y luego abrió la puerta cautelosamente. No había nadie, al parecer. Al menos visible, porque todo un ejército podía esconderse en las amplias zonas oscuras del castillo.

Llamó suavemente con los nudillos a la puerta de Vivian y ésta abrió en seguida, prueba de que ella le aguardaba al otro lado de la pesada hoja de madera.

Se recostó en la puerta, una vez que hubo cerrado tras sí.

—Más que nunca preciso la colaboración de usted, Vivian. Tiene que ser valiente.

—¡Es que no lo soy! ¿No lo comprende? ¡Tengo verdadero miedo!

—Lo sé, pero no hay motivo para ello. Usted está al margen de este problema. En todo caso, yo sería el blanco del odio de alguien, no usted. No debe dejarse dominar por los nervios.

—¡Tendríamos que habernos marchado en ese coche! ¿Por qué no ha aprovechado ese ofrecimiento?

—Se ha cometido un crimen en Romney Manor poco antes de llegar nosotros, Vivian. Un crimen del que se ignora la víctima y el asesino. Y se cometerán otros. ¿No comprende? ¡Es obligación nuestra evitarlos!

—¿Obligación? ¡No somos policías!

—Pero sí gente de bien. Mi conciencia me obliga a prestar mi ayuda a quien la necesita.

—¡Nadie se la ha pedido!

—Quizá porque no está en condiciones de hacerlo.

Vivian se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, es horrible. No entiendo nada de esto. Creo que voy a volverme loca.

—Sólo le pido que conserve la serenidad. Yo haré el resto. Comprenda: debo cuidar de usted y, en cierto modo, usted me puede quitar la libertad de movimientos.

—Entiendo: soy un estorbo.

—No he querido decir eso.

—Pero lo piensa.

—¡Por favor, Vivian, sea razonable!

—¡No puedo! ¡No puedo! ¿No comprende que todo son alucinaciones propias de este maldito castillo? Nadie ha muerto. ¿Es que los habitantes de Romney Manor no notarían la ausencia de alguien? Convénzase: todo son alucinaciones.

—Pero usted tiene miedo y quiere salir de aquí. ¿Por qué, si está segura de que no ha habido un crimen?

—¡El miedo es libre! ¡Se puede tener miedo a una sombra o al aire que silba en las ventanas! Yo lo tengo pero, al mismo tiempo, le digo que es absurdo que se haya cometido un asesinato aquí...

—¿Y la sangre?

—Esa *lady Kitts* está chiflada. ¿No ha oído lo que han dicho todos? Se pasea con un cuchillo por ahí y lo emplea con los gatos o los pollos.

—Y también con alguna persona. Yo lo averiguaré.

La muchacha se mordió los labios y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Recordaré esta noche como la más horrible de mi vida.

Harry se inclinó sobre ella y la tomó en sus brazos. En aquel instante no tenía necesidad de fingir ante ningún criado y, sin embargo, acercó sus labios al rostro femenino.

La muchacha tembló y Harry la besó suavemente en los rojos labios.

—Harry... —murmuró ella, y cerró los ojos.

—Cuidaré de usted, no tema.

Se apartó, como si creyera que había ido demasiado lejos e instintivamente siguió utilizando el mismo tratamiento con ella.

—No salga de aquí pase lo que pase y ciérrese la puerta. No abra a nadie más que a mí.

Ella asintió y cuidadosamente encajó la puerta en el quicio una vez que su jefe hubo abandonado la habitación.

Harry pasó a la suya y empezó a pensar en lo ocurrido al tiempo que encendía un nuevo cigarrillo para ayudarse en sus meditaciones.

No tenía la menor duda respecto a lo ocurrido en Romney Manor. Una persona había muerto, pero nadie la había echado de menos y, por si fuera poco, todos parecían dispuestos a guardar silencio sobre lo que estaba sucediendo allí.

Pensó en *lady Kitts*, en su cuerpo menudo tendido en su lecho dentro de un camisón con manchas de sangre. *Lady Kitts* tenía desvaríos mentales y en cierta ocasión había agredido con un cuchillo a Magda Haydon, yendo un poco más en su desvarío a matar a cuantos animales domésticos encontraba a su paso.

Y Rock Francis se oponía a que su tía recibiera la adecuada atención médica, salvo los escasos cuidados que podía

proporcionarle aquel extraño doctor Allen.

El giro de sus pensamientos le llevó al recuerdo de Vivian y de su muestra de debilidad de unos minutos antes. Inesperadamente la había besado, lo cual significaba que había sido aquél un impulso largamente sentido en su interior, aunque nunca se hubiera atrevida a manifestarlo.

Vivian estaba pasando una mala noche, pero no había forma de evitar su miedo.

Como si fuera una respuesta a sus pensamientos, un grito agudo taladró los recios muros y le llegó de la habitación vecina. Un alarido que le puso los cabellos de punta.

Sin perder un instante, corrió hacia la puerta y llamó desesperadamente a la habitación en la cual estaba encerrada Vivian.

CAPÍTULO V

El grito repetido y sus puñetazos a la puerta pusieron en conmoción el castillo.

Antes de que hubiera oído signo alguno de vida al otro lado de la recia hoja, percibió pasos a su espalda y ruido de puertas en distintos lugares de Romney Manor.

—¿Qué ocurre ahora? —Tronó Rock Francis, subiendo la escalinata a la máxima velocidad que le permitían sus piernas—. ¿Es que no puede estar quieto en su habitación, sin causarnos alguna conmoción cada media hora?

Harry le miró con todo el desprecio de que era capaz.

—¡Ayúdeme a echar esta puerta abajo! Mi secretaria está en apuros. Ha pedido auxilio...

—No podemos romper esa puerta ni con un cañón. Además, habrá gritado sin motivo alguno.

Evans, no obstante, volvió a precipitarse contra la infranqueable barrera de roble sin atender al agudo dolor de su cuerpo al tropezar con la puerta.

—¡Vivian! ¡Vivian! ¡Responda! ¿Qué le ha ocurrido?

Pero nadie respondía del interior.

Para entonces se había unido a ellos Cliff Champion, envuelto en una bata de seda roja bajo la que asomaba el pijama, y Ben Davis, en mangas de camisa, como si le hubiera sorprendido el escándalo a medio desnudarse.

—Cálmese —le aconsejó éste último—. No creo que haya ocurrido nada malo.

—¿Por qué no responde entonces?

—Se habrá desmayado —la voz pausada y fría de la señora Gray, el ama de llaves, les sorprendió a todos por su tranquilidad—. Me pareció que esa joven era muy impresionable.

Harry mordió las palabras al decir:

—¡Si le ha ocurrido algo, yo sé quién lo va a sentir...! —Estaba fuera de sí por primera vez aquella noche.

La señora Gray se abrió paso por entre los reunidos. Llevaba una llave en la mano y no se dignó pronunciar una sola palabra de aliento. Tan sólo se limitó a decir cuando introdujo la llave en la cerradura:

—Los hombres pierden muy fácilmente la serenidad. Vean qué fácil se arregla esto.

Harry maldijo para sus adentros a aquella ama de llaves, de espíritu tan retorcido que parecía arrancada de las novelas de Carlota Bronté, y la echó a un lado para entrar a la carga dentro del dormitorio destinado a Vivian.

La luz continuaba encendida y lo primero que vio fue a su secretaria caída en el suelo, a los pies del amplio lecho del siglo pasado.

Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. Le tomó la cabeza cuidadosamente y aplicó el oído a su pecho.

Respiraba, por fortuna. Con afectuosa impaciencia le dio unos cachetes en las mejillas para hacer que recobrara el conocimiento, al tiempo que la llamaba:

—¡Vivian! ¡Vivian! ¿Qué ha ocurrido?

Ben Davis, Francis, Champion y la señora Gray habían entrado también en el dormitorio, tras él, pero no miraban el lugar donde ellos se encontraban sino al lado opuesto de la habitación, donde se alzaba el enorme armario ropero.

Por primera vez miró Harry hacia allí, ya que al entrar sólo había tenido ojos para el cuerpo de Vivian.

Crispó los dedos en torno al cuerpo de su secretaria y sintió la boca repentinamente seca, como si acabase de cruzar el infierno.

Porque al pie del armario, de bruces, como si acabara de caer del mismo al ser abierta la puerta, se encontraba el cuerpo de una mujer todavía joven, empapadas en sangre sus ropas de doncella.

Vivian volvía en sí y gemía todavía con los ojos cerrados.

—¡Señor Evans...! —susurró—. ¡Sáqueme de aquí...!

Le acarició el rostro. El doctor Allen entró en el dormitorio a la carrera, atándose todavía el cinturón de su bata negra.

—¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido...? —Se detuvo, pasmado ante la escena que veía y exclamó—: ¡Dios santo! Pero...

Harry se ocupó tan sólo de Vivian y la levantó en sus brazos para trasladarla al lecho, donde la depositó. Le sirvió un vaso de agua de la jarra que vio sobre la mesilla y le dio a beber el frío líquido, que la reanimó bastante.

—Fue... horrible, señor Evans. De pronto la vi que caía sobre mí...

—No se mueva de aquí, Vivian, ahora vuelvo.

Su jefe la abandonó para unirse al grupo de excitadas personas que rodeaban el horrible cadáver.

Rock Francis preguntaba en aquel instante:

—¿Cómo ha podido llegar *esto* aquí?

Evans miró por un momento el cuerpo marcado por un signo sangriento. Quienquiera que hubiera hecho aquello, estaba animado por una furia homicida que no se calmó con la primera cuchillada. Necesitó cuatro o cinco para sentirse saciado.

Y todas dadas con fuerza nada común. La sangre había brotado por las enormes heridas a borbotones, y la muerte de la infortunada mujer debió ser instantánea.

No le veía el rostro porque estaba de bruces, pero debía ser joven.

—Desde que llegué a Romney Manor les he estado avisando a todos de que algo así había ocurrido —recordó—, pero usted prefirió mostrarse desagradable conmigo —dijo, sin retirar la vista de los ojos del sobrino de *lady* Kitts.

Éste apretó los labios furiosamente, pero se dominó de algún modo.

—No irá a hacerme responsable de este crimen...

—Vaya, es una suerte que admita que es un crimen —se mofó.

El sarcasmo tiñó de rojo los pómulos de Francis.

—¡No es posible que esto lo haya hecho mi tía! —protestó aún, pero hasta él mismo se dio cuenta de que ya nada apoyaba su criterio.

Ostensiblemente, todos le hicieron el vacío en torno. Harry se dijo que Rock Francis iba a verse en dificultades con la policía por aquello. Difícilmente los inspectores de Scotland Yard iban a mostrarse comprensivos con su afán de tender un muro protector en torno a *lady* Kitts.

Champion se pasó una mano temblorosa por la húmeda frente.

—¡Pobre María...! —susurró.

—¿La reconoce?

—Oh, sí. Es María, la doncella de *lady Kitts*.

—¿Doncella personal?

Champion asintió. Harry se inclinó sobre el cadáver con la misma naturalidad que si fuera un médico forense.

—Doctor Allen —llamó.

El siquiatra no se movió del lugar donde se encontraba, algo alejado del grupo, como si le horrorizara la vista de la sangre.

—¿Qué... desea?

—Acérquese. Quiero que me ayude.

El doctor Allen arrastró los pies para cubrir la escasa distancia que le separaba de Harry.

—Pero yo... Me horroriza la sangre.

—Usted es médico y la policía se meterá con usted. Probablemente, le formarán un expediente por haber amparado una negligencia criminal como ésta de no recluir a *lady Kitts* en un sanatorio, e incluso puede llegar a perder su título.

—¿A qué viene eso ahora? —tronó Francis.

Evans le miró desde su posición, acucillado junto al cadáver.

—Cállese, Francis. Es mejor para usted. Ya ha cometido bastantes tonterías esta noche.

El aludido pareció a punto de abalanzarse sobre el anticuario, pero éste le mostró los dientes, como animándole a que lo hiciera y eso le hizo rehusar.

—Arrodílese junto a mí y compruebe el «*rigor mortis*», doctor Allen. ¿Cuándo cree que murió esta pobre mujer?

Nerviosamente el siquiatra alargó la mano para levantar uno de los brazos del cadáver, pero no fue él quien habló sino la señora Gray:

—Después de las nueve.

Harry la miró.

—¿Después de las nueve? ¿Cómo lo sabe?

—A las ocho y media ayudó a *lady Kitts* a acostarse, y aproximadamente a las nueve, una vez terminadas sus obligaciones, me pidió permiso para retirarse. Dijo hallarse muy cansada.

Evans miró su reloj y comprobó que habían pasado tres horas desde el crimen y, por la especial resistencia de los miembros del

cadáver a ser contraídos, advirtió que los primeros síntomas del «*rigor mortis*» ya se habían manifestado, por lo que la hora que citaba el ama de llaves podía darse como cierta.

Se incorporó y miró a los reunidos.

—Es obvio que la policía debe intervenir. ¿O piensa usted de otro modo, señor Francis?

El aludido desvió la vista y asintió:

—Sí, es claro que...

Ben Davis parecía el más tranquilo de los reunidos.

—Es una idea excelente..., pero difícil de llevar a la práctica: en Romney Manor no existe el teléfono.

—Hay otros medios.

—Veinticinco millas nos separan de la ciudad. Una distancia excesiva para recorrerla a estas horas, bajo una tormenta que se ha recrudecido.

En efecto, una vez pasada la primera tensión, pudieron oír todos de nuevo el estallido horrísono de los truenos y el tamborileo fatídico de la lluvia contra los cristales.

En aquel instante apareció en la puerta Magda Haydon, envuelta en un amplio salto de cama y con los oscuros cabellos recogidos y en desorden, como si se acabara de levantar del lecho.

—Oí ruido y... Pero..., ¿qué es esto...?

Se tambaleó al ver el cadáver de María. Rock Francis fue hacia ella y la tomó en sus brazos antes de que se desplomara.

—Oh, Magda, Magda, ¿por qué has venido? Hubiese querido evitarte esta escena.

La arrastró hacia un sofá donde abanicó el pálido rostro. La enfermera y lectora de *lady* Kitts había cerrado los ojos y por entre los labios apenas abiertos aspiraba fatigosamente un oxígeno que parecía remiso en llegar a sus pulmones.

Harry se acordó entonces de Vivian, sepultada en el lecho, con el rostro vuelto hacia la almohada para no ver otra vez la alucinante escena.

La muchacha, al sentirle a su lado, se volvió y le aferró desesperadamente de las solapas:

—Si hay algo de bondad en su corazón me sacará de aquí ahora mismo, señor Evans. Y si usted no desea hacerlo, consiga que me lleve alguien a la ciudad en ese coche...

Estaba desesperada y al borde de una crisis nerviosa.

—Cálmese, Vivian. Lo haré.

Llamó a Rock Francis.

—¿Puedo disponer de ese vehículo, señor Francis? Llevaré a mi secretaria a la ciudad y avisaré al mismo tiempo a la policía.

Magda Haydon parecía recuperarse. Francis consideró aquella propuesta.

—¿Qué va a decirle a la policía, Evans?

—La verdad.

—¿Cuál es, según usted, la verdad?

Harry vaciló y cerró un momento los ojos.

—No lo sé. Es todo demasiado confuso —tomó entre sus manos las de Vivian y las calentó—. Yo diría que hay algo que no encaja en todo esto.

Notó un instintivo gesto de sorpresa en los presentes. El doctor Allen limpiaba una y otra vez sus lentes, frenéticamente, mientras Francis manoseaba las manos de Magda Haydon. Champion se mordía el labio inferior y Ben Davis luchaba por mostrarse impasible. Algo apartada, como un adorno del castillo, se mantenía inmóvil el ama de llaves.

—¿También va a hacer de detective? —Francis no pudo contener su resentimiento anterior.

—Me voy a limitar a hacer uso de mi sentido común, señores. Al parecer *lady Kitts* es por completo anormal.

Champion aún salió en defensa de su vieja amiga:

—Digamos que su mente...

Harry le interrumpió abruptamente:

—No se esfuerce, Champion. Todos sabemos cuanto es preciso al respecto. Pero la anormalidad de *lady Kitts* llega incluso a dominar el efecto de las drogas.

—¿Qué dice? —gruñó Davis.

El anticuario miró a la alfombra, como si leyera allí cuanto estaba diciendo.

—Magda declaró que le había puesto un calmante a *lady Kitts*. Una droga recetada por el doctor Allen, ¿me equivoco?

El siquiatra asintió:

—Cierto.

—¿A qué hora le inyectó el sedante, Magda? —preguntó Harry.

La enfermera vacilaba.

—Entre ocho y media y nueve, no sé...

—¿Le administró la dosis recetada por el doctor?

—Desde luego.

Evans miró al médico. Éste, como si presintiera la nueva pregunta, se caló los gruesos lentes.

—¿Cuánto descanso pretendía proporcionarle a *lady* Kitts con esa dosis, doctor Allen?

—Verá, depende de los enfermos...

—¿Término medio?

—Ocho horas, más o menos.

—En algún momento de esas ocho horas ¿cree usted que se puede despertar un paciente con esa dosis?

No se oía en la habitación más que las firmes preguntas de Harry Evans y el desarrollo de la tormenta en el exterior.

—No antes de las cuatro primeras horas —admitió al fin el doctor—. Es un sedante muy fuerte. La dosis actúa profundamente y sólo al cabo de cuatro horas se desvanecen sus efectos, pero el paciente sigue durmiendo a causa del reposo y la quietud que ha dado a su sistema nervioso la droga.

Harry se incorporó. En su rostro había una expresión dura, acusadora, implacable.

—Espero que hayan llegado a la misma conclusión que yo, señores. Es evidente que *lady* Kitts no ha podido asesinar a esta infeliz. Eso varía el aspecto de este asunto porque el asesino es uno de ustedes.

CAPÍTULO VI

Vivian saltó del lecho y se pegó a su jefe al tiempo que miraba horrorizada a cada uno de los que ocupaban la habitación.

—¡Vámonos de aquí, de prisa, o nos matarán! —pidió, tirando de él.

El vozarrón de Ben Davis sonó como un cañonazo:

—¡Pero qué estupidez está diciendo...!

—Está verdaderamente loco —remachó Rock Francis.

Harry suspiró.

—Eso es lo que les contaré a la policía. El doctor Allen confirma mi teoría: *lady* Kitts no ha podido moverse de su lecho en las cuatro primeras horas después de haberle sido inyectado el sedante. Alguien que no fue ella mató.

—¿Y la sombra que vio usted reflejada en los cristales del torreón? —recordó Champion, triunfalmente—. Usted mismo afirmó que se trataba de *lady* Kitts.

Harry sacudió la cabeza.

—No interprete mal mis palabras, señor Champion. Yo vi a una persona con manteleta y moño asestar unas cuchilladas.

—¡Pero esa descripción coincide con *lady* Kitts! —observó Ben Davis.

—Pudo ser alguien que utilizara peluca y toquilla de punto, alguien que sólo pretendiera aparentar que era *lady* Kitts.

—¡Su fantasía va demasiado lejos! —Chilló Francis—. Y ya nos ha causado bastantes molestias esta noche.

Magda Haydon, a su lado, comenzó a sollozar.

—¡He sido yo! ¡Yo la culpable...!

La enfermera continuaba con su crisis de nervios, al parecer. Se había cubierto el rostro con las manos y lloraba amargamente. El sobrino de *lady* Kitts se inclinó sobre ella y le apartó las manos de la cara.

—¿Qué dices, Magda?

—Yo... no le puse a *lady Kitts* la inyección esta noche. ¡Me pidió tan tristemente que no la hiciera sufrir...! Ella... tiene horror a las inyecciones, y yo... pues...

El doctor Allen avanzó unos pasos.

—¿Quiere decir que no inyectó a *lady Kitts* el sedante prescrito?

—No... Lo siento, doctor... Les ruego me perdonen todos... —
Levantó un rostro hermoso, cubierto por las lágrimas y sinceramente abochornado—. He sido una torpe, y... ahora la policía me exigirá responsabilidades, ¿verdad, Rock?

Francis apretó los labios y le pasó una mano por los cabellos.

—Oh, no, Magda, yo lo arreglaré —luego se volvió hacia Harry—: Bien, ¿a dónde ha ido a parar su famosa teoría?

El muchacho bajó la vista.

—Por lo menos, empezamos a conocer la verdad, Magda Haydon no administró el sedante a *lady Kitts*. También esto le interesará a la policía. Y ahora, señor Francis, ¿quiere dar las órdenes oportunas para que sea dispuesto el coche? Yo mismo lo conduciré.

Se pusieron todos en movimiento hacia la puerta. Magda iba asistida por Francis, quien al salir miró a la señora Gray:

—Encargue al chofer que prepare el coche.

El anticuario aún dijo:

—Les aconsejo que no toquen el cadáver. A la policía no le gustaría.

Nadie pareció hacerle caso. Evans tomó del brazo a Vivian y la ayudó a bajar la escalinata. Los demás se desparramaron por los distintos pasillos sin que se despidieran de ellos. No cabía duda de que no eran huéspedes gratos, en vista de las circunstancias. Sus deducciones habían irritado a todos.

¿Por qué, si eran inocentes?

* * *

La vieja cochera del castillo había sido convertida en garaje, pero éste resultaba excesivamente grande y destartado. El agua penetraba por el gran portón, al otro lado del cual rugía la tormenta como si no pensara finalizar nunca.

Harry y Vivian trasladaron sus escasos objetos personales al gran coche negro, de *lady Kitts*, un modelo de diez años atrás. Steve, el

criado que les abriera la puerta unas horas antes, se dispuso a abrirles el portón para que salieran con el vehículo.

Pero Evans no se metió en el coche, sino que extrajo un cigarrillo, que ofreció al criado.

—Una noche infernal —comentó.

—En efecto, señor. Gracias, no fumo.

Vivian, en el coche, aguardaba impaciente. Su jefe trató, no obstante, de pegar la hebra con Steve.

—Un desdichado suceso, ¿no es verdad? —insistió.

—Muy lamentable.

—¿Conocía usted bien a María?

—Desde hace dos años.

—¿Cómo era?

—Muy amable. Una sirvienta nada común. Sabía en todo momento hallar el juicio exacto para todos los problemas.

—¿La apreciaba usted?

—Sí.

—¿Quién le ha podido inferir una muerte tan horrible?

El criado le miró sorprendido, como si no acabara de creer que se pudiera formular una pregunta como aquélla.

—Creo que se ha dado por descontado que se trata de *lady Kitts*.

Harry hizo un gesto de asentimiento, como si recordara en aquel instante la marcha de los hechos.

Movió la cabeza, empero, abrumado.

—Es horrible a donde puede conducir el desvarío de una mente, enferma. ¿No apreciaba *lady Kitts* a María?

—Oh, sí, mucho. No comprendo cómo ha podido ocurrir... —Se mordió los labios y bajó la cabeza—. Parece que amaina la lluvia, señor.

—Oh, sí, es cierto. Es curioso. Yo siempre había oído decir que los alienados atacan a las personas que odian, nunca a las que aman. En este caso, al parecer, no ha sido así.

Escrutó el rostro de Steve, pero éste se las arregló para hurtarlo a su inquisitiva mirada. Pertenecía a una casta de criados fieles, incapaces de volverse contra el amo para el que trabajan.

Comprendió que no podría obtener nuevos datos y entró en el coche. Steve corrió dos grandes cerrojos y el mismo viento empujó los portones hacia adentro.

Una cortina de agua entró en la vieja cochera y, con la lluvia, fue visible la desolada extensión de los pantanos, iluminados vagamente por algunos relámpagos.

Harry sonrió a Vivian alentadoramente.

—Llegaremos pronto a la ciudad y, una vez allí, se encontrará mejor. Piense en la tibia habitación de hotel que le aguarda.

Pulsó el botón del encendido y accionó el acelerador para enviar gasolina al carburador. Se oyó un ronco jadeo, pero el coche no se puso en marcha. Repitió el intento Evans con el mismo resultado. Vivian, ensombrecida la frente, murmuró:

—¿Qué les hace a los coches, señor Evans?

Saltó éste del vehículo y alzó el *capot*. Con su linterna miró el motor y halló al instante la causa de la inmovilidad del mismo.

Lo habían averiado intencionadamente, quitándole la pipa del delco.

No se debía a la casualidad o a un accidente. Sencillamente, una mano criminal habla eliminado aquella pieza fundamental.

Bajó el *capot* despacio y miró a Steve y luego a Vivian.

—Lo lamento, Vivian. Alguien desea que nos quedemos aquí esta noche.

El criado se acercó, intuyendo que algo extraño sucedía.

—¿Alguna avería?

Harry dijo tan sólo:

—Alguien ha manipulado ahí dentro para hacernos quedar.

Vivian se aferró a su brazo asustada.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Quizá no es conveniente para cierta persona que yo hable esta noche con la policía. Primero, quisieron hacernos marchar y la asustaron con ese cadáver. Luego, al saber mis deducciones, tratan de impedir que las comunique a la policía.

Un gemido se escapó de la garganta de su secretaria.

CAPÍTULO VII

Encontraron a los ocupantes del castillo completamente vestidos cuando entraron de nuevo en Romney Manor. Steve les condujo a la biblioteca, por cuya puerta salía abundante luz, y luego de informar de lo ocurrido se retiró. Rock Francis tenía el ceño fruncido y las facciones alteradas por algo que Evans no podía adivinar.

—Pero... ¡es imposible! —Exclamó de pronto el sobrino de *lady* Kitts—. Esta misma tarde utilicé el coche y funcionaba.

Harry se acomodó en un sillón junto a la chimenea y cruzó las piernas. Parecía despreocupado, como si no pensara en los extraños sucesos que ocurrían en el castillo.

—No se trata de una avería, señor Francis. No es una rotura fortuita. Alguien quitó la pipa del delco, una pieza fundamental sin la que el coche no funciona. Usted sabe que no es posible perderla...

Paseó la mirada por los reunidos. Ben Davis se incorporó y caminó hasta la chimenea en la que ardía un gran fuego para tomar una ramita con la que encender su pipa.

—Resulta absurdo pensar que ha sido un sabotaje —dijo entre chupada y chupada—. ¿Qué interés puede tener nadie en impedir que usted abandone Romney Manor?

Cliff Champion soltó una risita.

—Apuesto algo a que adivino el pensamiento de nuestro anticuario: él cree que alguno de nosotros no desea que se avise a la policía...

La pipa de Davis apuntó hacia Champion.

—Pero eso es una tontería. Mañana habrá que avisarla.

Harry asintió.

—Sin embargo, hasta que amanezca faltan varias horas, ¿no?

Vivian acercó un poco más la silla en que se sentaba y quedó pegada al sillón ocupado por su jefe. Un escalofrío recorrió su

espalda a pesar de que a la distancia a que se hallaba de la chimenea se percibía el calor del fuego.

—¿A dónde quiere ir a parar? —preguntó Francis, abruptamente.

—¿Acaso han olvidado que tenemos un cadáver en el castillo? —inquirió a su vez el joven experto en antigüedades.

El doctor Allen se quitó los lentes un momento y pareció dispuesto a limpiarlos; pero se arrepintió y volvió a calárselos.

—Creo que estamos haciendo montañas de simples granos de arena. Está probado que *lady* Kits ha matado a su doncella en uno de sus momentos de demencia.

Ben Davis le atajó, brusco:

—¡La ineptitud de usted ha conducido a *lady* Kitts a esto...!

—¡Oiga, Davis, no le voy a consentir...!

—¡Cállese! —chilló el experto en arte agitando la pipa como una pistola—. ¡Usted se ha limitado a recetarle calmantes, sin buscar las causas de su... desequilibrio! —Luego se volvió hacia Francis—. Rock, debiste haber echado de aquí a este charlatán y contratar a un médico de verdad.

El ataque fue tan violento que el doctor Allen saltó de su butaca y corrió al encuentro del belicoso Davis. Éste dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea y asestó un puñetazo en la nariz del siquiatra.

El golpe no fue demasiado duro, pero bastó para que el doctor Allen se batiera en retirada, llevándose ambas manos al rostro para contener la hemorragia nasal.

Todos saltaron de sus asientos. Magda Haydon, que se encontraba junto a Francis, lanzó un chillido al presenciar la inusitada escena, y el sobrino de *lady* Kitts rugió:

—¡Esto es demasiado, Ben!

Champion crispó los nervios de todos con su risita.

—Ya sabes, Rock, que nuestro amigo Ben es un barril de pólvora: basta acercarle una llamita para que explote.

—¡Al diablo tú y tus frases humorísticas! —desdeñó Davis, saliendo de la biblioteca.

Magda acudió junto al doctor Allen para auxiliarle.

—Déjeme curarle, doctor. Venga conmigo.

Salieron también de la biblioteca. El siquiatra gemía por el dolor y se dejó conducir mansamente por la enfermera de *lady* Kitts.

Cuando hubieron salido, Harry volvió a su sillón con un ruidoso suspiro.

—No parecen tenerse mucha simpatía.

Francis apretaba los puños convulsivamente.

—Después de esto, su desconfianza hacia nosotros será mucho mayor, ¿verdad, Evans?

El anticuario se encogió de hombros.

—La atmósfera está demasiada cargada y todos tenemos motivos para sentirnos nerviosos; sé hacerme cargo de la situación.

Champion se cambió de sillón y se situó en uno cercano a Evans.

—No puedo admitir que Evelyn sea una asesina... aún careciendo del control de su mente —miró también a Francis al decirlo—. Tu tía no ha podido matar a su doncella, Rock. Ella es todo bondad, todo afecto.

—No nos negará usted ahora que mi tía está dominada por instintos sanguinarios, ¿eh, señor Champion?

—Son dos cuestiones distintas, Rock. Yo conozco mucho a Evelyn: incluso la he amado, ¿sabes? Mis viajes me apartaron de ella, y en una de mis ausencias se casó con el hermano de tu madre. A mi regreso me llevé, un duro desengaño..., pero ya no tenía remedio y decidí respetar su elección. Continuamos siendo buenos amigos, y desde entonces, han pasado muchos años. Ella es buena, Rock. Ni aun en su locura atacaría jamás a una persona de su afecto, y todos sabemos cuánto apreciaba ella a María.

Francis asintió.

—La apreciaba, sí, porque vivía siempre pendiente de sus menores deseos, pero eso no quiere decir nada. Pudo obcecar y...

Harry intervino:

—Yo pienso que tampoco está probada la culpabilidad de *lady* Kitts.

—¿Tiene alguna idea lógica? —inquirió Francis.

—Una o dos.

Vivian le presionó el brazo para obligarle a callar; pero él no le hizo caso.

Champion alentó:

—Expóngala, Evans. Tenemos toda la noche por delante: después de lo ocurrido, imagino que ninguno de nosotros será capaz de acostarse.

—Magda afirma que no inyectó el sedante a *lady* Kitts. Sin embargo, yo la toqué cuando entramos en su habitación y dormía profundamente.

Francis se puso tenso.

—Siempre le ocurre después de alguno de sus trances durante los cuales comete sus excesos sin que los recuerde una vez que recobra la lucidez.

—Hay algo más; le tomé el pulso y advertí que lo tenía como cuando se ha asimilado una dosis correcta de somnífero.

—¡Eso no es posible! —Protestó Francis—. Magda ha confesado que ella no le inyectó el sedante a mi tía.

—Oh, sí, ya lo sé. Pero *lady* Kitts estaba bajo los efectos de una droga, puedo asegurarlo.

—¿Cómo se atreve a dictaminar algo fuera de su especialidad? Harry sonrió.

—¿Estudié Medicina, pero no me doctoré. El arte me atraía más. Francis se puso en pie, con escasa delicadeza.

—Oh, no puedo soportar más tonterías. Buenas noches.

Al salir, cerró la puerta bruscamente y quedaron solos Champion y los dos visitantes.

El primero hizo coincidir cada uno de los dedos de su mano derecha con los de su izquierda, teniendo buen cuidado de hacerlo correctamente. Reflexionaba entretanto o buscaba las palabras adecuadas para, lo que iba a decir.

—¿Sigue pensando que la muerte de María... no es producto de la demencia de Evelyn?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle cuál es su idea?

Harry hizo un gesto vago.

—No sé. La policía hallará el verdadero significado de lo ocurrido. Y estoy seguro de que llegará a la conclusión de que alguien trató de aprovechar en su beneficio la demencia de *lady* Kitts.

Se hizo un largo silencio. Las llamas crepitaban en la chimenea, llenando la estancia de sombras cambiantes.

—Pero ¿quién podría desear la muerte de una doncella? ¿Quién de nosotros? Hace muchos siglos Cicerón se hacía una pregunta fundamental en casos como éste: *¿Qui prodes?* ¿A quién aprovecha?

Harry sonrió.

—Sería curioso averiguarlo.

Champion arqueó las cejas. Parecía enormemente divertido, pero a Harry le pareció aquel humor algo cínico, fuera de tono tratándose de un asesinato y de una desdichada doncella acuchillada sin piedad.

—Si yo fuera usted me entregaría a un juego excitante, Evans. Ninguno vamos a dormir hoy, imagino, con un cadáver en la casa y la sospecha latente de que alguno de nosotros es el asesino.

Vivian miraba horrorizada el rostro movable y, en ciertos momentos, maligno de Cliff Champion.

—¿Qué clase de juego?

—¿No ha sentido nunca tentaciones de ser un detective? Ahora tiene una oportunidad estupenda. Estamos aislados, en un castillo siniestro, a veinticinco millas de la ciudad más próxima, mientras la tormenta ruge en el exterior. Se ha cometido un crimen en Romney Manor y las únicas personas que no han podido cometerlo son usted y su secretaria, esa linda y asustada jovencita que tiene a su lado. Los demás, siguiendo la teoría de usted, somos sospechosos, y usted el único varón inocente. Haga justicia, Evans: ¿quién de nosotros ha asesinado a María?

La puerta crujió a sus espaldas y la voz nerviosa de Francis clamó:

—¿Todavía continúan con esa estupidez? Imaginaba que se habrían retirado a dormir.

Champion lanzó una carcajada.

—Calma esos nervios, Rock. Nuestro amigo, Harry Evans, va a jugar a detectives.

Nos ha demostrado poseer dotes de observación y le he propuesto que solucione nuestro enigma antes de que pueda ser avisada la policía. Yo me prestaré gustoso a la experiencia. ¿Y tú, Rock?

—¡Creo que no voy a soportar esta pesadilla!

Nervioso, fue a un aparador y se sirvió una gran copa de coñac, que bebió de un trago. Después de aquella explosión nerviosa pareció que la atmósfera perdía su tensión anterior.

—Es un experimento muy peligroso, Champion —observó Harry.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Usted parece tomar esto a broma, como una excitante diversión que le dará tema para sus tertulias del club cuando regrese a Londres. Pero olvida que hay sangre de por medio.

—¿Y...? —En sus ojos oscuros había un brillo extraño.

—Suponga que yo estoy en lo cierto; suponga que alguno de ustedes asesinó a María y suponga que yo descubro la identidad del criminal.

—Acepto todas esas suposiciones. Usted se cubriría de gloria.

—Hay una última suposición, Champion. El criminal, para librarse, puede asesinarme...

Vivian se incorporó vivamente.

—No he despegado los labios en toda la noche, señor Evans, pero ahora debo hacerlo para rogarle que no cometa ninguna locura más —miró en torno aprensivamente—. ¡Estoy segura de que todavía no han terminado los horrores esta noche...!

Su jefe se incorporó y la tomó de los brazos.

—Cálmese.

Champion también fue junto a ellos.

—¿Por qué no hace una cosa, señorita? Retírese a descansar y déjenos a nosotros que organicemos nuestra velada como mejor podamos...

—¡No lo haré! No quiero arriesgarme a que me caiga encima otro cadáver.

Francis terció:

—No lo haga..., a menos que se lleve consigo a su jefe.

Champion arqueó las cejas.

—¿Por qué ese empeño en impedir que Evans investigue, Rock? Yo estoy dispuesto a someterme al interrogatorio.

—¿Sobre qué versa ese interrogatorio? —preguntó, Ben Davis desde la puerta.

Iba acompañado por Magda Haydon. Ben Davis parecía haber olvidado el incidente y se dirigió recto a la chimenea para recuperar su pipa.

—Harry Evans nos interrogará a todos para tratar de hallar al asesino de María —anunció Champion—. Imagino que no te negarás a ello, Ben, equivaldría a confesar tu culpabilidad.

No pareció hacerle mucha gracia a Davis las palabras de Champion, pero no opuso la menor resistencia.

—Hatajo de estúpidos —dijo tan sólo, y cerró su poderosa mandíbula sobre la boquilla de su pipa.

Magda parecía muy lejos de la conversación. Sólo tuvo una mirada para Francis.

—Corté la hemorragia del doctor Allen y luego él se acostó.

—Gracias, querida.

Harry, en un aparte, pidió a su secretaria.

—No me ponga dificultades, Vivian. Debo desenmascarar al asesino e impedir que se cometan más crímenes.

—¿Piensa que...? —no pudo terminar la frase y los bellos ojos femeninos se abrieron horrorizados.

—Sí. Lo veo bastante claro. La muerte de esa doncella no es sino un paso sin importancia en un plan astutamente preparado, casi un incidente diría yo.

—¿Qué clase de plan?

—No lo sé. Por eso deseo impedir que se lleve a efecto.

La muchacha se mordió el labio inferior.

—Tengo miedo... por usted.

Harry le acarició la barbilla.

—Domino la situación, Vivian. El asesino lo sabe.

Champion alzó la voz.

—¡Eh, ustedes! ¿Qué hacen ahí cuchicheando? Ardo en deseos de que se inicie el interrogatorio.

Harry fue junto al jovial Champion.

—Estaba dando ánimos a mi secretaria.

Miró a los reunidos uno por uno, con expresión triunfal. Sabía que tarde o temprano, los nervios de alguien saltarían deshechos por la tensión, y entonces sería llegado el momento de averiguar los extraños sucesos que estaban ocurriendo en Romney Manor.

Un ruido fuera de la biblioteca les llamó la atención.

—¿Qué es eso? —preguntó Ben Davis lanzando una bocanada de espeso humo.

Nadie pudo responderle porque en aquel instante apareció en el umbral de la puerta una figura que nadie esperaba ver.

—¡Lady Kitts! —susurró Magda, estremeciéndose.

Champion saltó de su asiento.

—¡Evelyn! ¿Qué haces aquí?

Harry Evans se volvió para encontrarse con los cansados ojos de

lady Kitts. En un instante la comparó a un viejo pájaro que adivinase muy próximo su fin.

Sus delgados labios temblaban y estaba muy pálida. La señora Gray la ayudaba a caminar, sujetándola del brazo.

El sobrino de la dueña del castillo se incorporó y furiosamente apostrofó al ama de llaves:

—¡Es inconcebible, señora Gray, cómo ha podido prestarse a que *lady* Kitts saliera de su habitación!...

Pero la anciana dama miró a su sobrino.

—Yo se lo he pedido, querido.

Avanzó por el centro de la amplia estancia. Sus dedos huesudos se aferraban al brazo firme de la señora Gray, que mantenía la cabeza muy erguida, con porte orgulloso.

Lady Kitts se detuvo a unos pocos pasos del grupo que charlaba ante la chimenea.

Sus ojos escrutaron todos los rostros y por fin se detuvieron en Harry. Éste le devolvió la mirada con serenidad, mientras *lady* Kitts parecía tasarle.

—No le conozco —dijo.

Champion se apresuró a hacer las presentaciones, y cuando terminó, *lady* Kitts pareció haber perdido todo interés por sus huéspedes.

—¿Quiere alguien decirme... lo que ha ocurrido esta noche en Romney Manor?

—Sería más sensato para su salud, *lady* Kitts... —empezó Davis.

Pero ella hizo un gesto negativo.

—No pueden seguir engañándome. No pueden seguir haciéndolo. Yo... me encuentro mal, ¿verdad? —Nadie respondió y ella continuó, arrebujándose más en la bata que la envolvía y que ocultaba su ropa de dormir—. Sí; hace tiempo que lo noto... Veo sangre a mi alrededor cuando despierto... Mis ropas están enrojecidas, y sé que algo ha sucedido, algo horrible de lo cual no puedo acordarme. Y me siento muy cansada y mi cabeza flaquea...

Magda se incorporó y fue junto a su ama:

—Le ruego, *lady* Kitts, que...

La señora alzó una de sus manos y acarició el rostro de su fiel enfermera.

—Sí, Magda, lo sé. No puedo cometer excesos. El doctor Allen

trata de poner orden en mi cabeza, pero la herencia de mi familia se ha revelado al fin. Yo... esta noche..., he matado a María, ¿verdad?

Lloraba, al borde de una crisis nerviosa. La señora Gray la sujetó del brazo para impedirle que cayera en un instante de debilidad, y todos los reunidos en la biblioteca notaron que podrían ser ahorcados con un cabello. Nadie acertó a salir al paso de aquellas terribles palabras de la dueña de la casa. Únicamente, Francis acertó a decir:

—¡No sé de dónde has sacado esa idea!...

—Querido, le he pedido a la señora Gray que no me ocultara la verdad. Ella me ha conducido junto al pobre cuerpo de María. ¿Es posible que mi alma se haya extraviado hasta el punto de impulsarme a cometer esos actos tan horribles?

Champion tomó de las manos a *lady* Kitts.

—Te suplico que no digas nada, Evelyn, querida. No debes pensar en eso. Lo que necesitas es dormir. Dormir y confiar en que mañana todo se habrá solucionado...

Ella asintió:

—Sí; la policía llegará y yo deberé responder de mis actos. Estoy muy débil y seguramente se contentarán con instalarme en una Casa de Salud, ¿no es cierto?

—¡Yo lo impediré! —afirmó Francis.

—No, Rock. Yo... he sido demasiada carga para vosotros, ahora lo comprendo. Me habéis rodeado siempre de atenciones y, ¿qué os he dado a cambio? Tú, mi querido Cliff —y posó su mirada en el rostro de Champion— has sido el enamorado fiel. Sí, sí, no me interrumpas —se apresuró a decir para impedir que Champion hablara—. Yo no te esperé a que regresaras de aquel viaje y me olvidé de ti. Tuviste que sentirte muy humillado, ¿verdad? Sin duda te di muchos motivos para que me guardaras un eterno rencor, y sin embargo, has pagado con afecto mi inconstancia. Y tú, Rock —continuó acercándose a su sobrino—, me estás dedicando desde hace tiempo los mejores años de tu vida. Podrías haber triunfado en la política o en los negocios, pues tienes suficientes dotes, pero ha vencido en ti el cariño hacia tu tía, y ahora vas a verte en un enojoso asunto por mi culpa. ¿Y qué decir de mi noble Benjamín Davis? Yo sé cuán celosamente ha cuidado de nuestra colección de obras de arte, y siempre se ha preocupado de completarla con el

mismo afán que si fueran tuyas; pero usted sabe, mi apreciado Ben, que el difunto lord Kitts dispuso que esas piezas únicas fueran de usted a mi muerte. ¿Qué menos puedo hacer por usted? ¿Y tú, Magda? Eres buena, comprensiva, tolerante con mis faltas y fiel consejera. Siempre he acudido a ti en los momentos difíciles, y nunca he dejado de recibir el consejo justo, tanto en los problemas domésticos como en las sutiles cuestiones financieras...

Magda tiró de ella para hacerla sentar.

—Se lo ruego, *lady Kitts*, deje de hablar. Está fatigándose en exceso y ya sabe que el doctor Allen siempre le dice lo mismo: necesita descanso. Mucho descanso para su pensamiento.

La dueña del castillo se dejó conducir a una butaca y se sentó en ella. Por un momento cerró los ojos, tratando de dominar sus emociones.

—A todos ustedes sólo les he causado disgustos y trastornos. Pero esto va a terminar muy pronto. En cuanto amanezca, la policía vendrá y...

—¡Por favor, tía! —suplicó Francis.

Ella le palmeó el hombro, al alcance de su mano porque Rock Francis se había inclinado a su lado.

—Guardaréis buen recuerdo de mí, os lo prometo. En mi testamento veréis mi última decisión —se interrumpió, y a los cansados ojos asomó una lágrima—: ¿Por qué mataría yo a María? ¡Señor! ¿Por qué la haría? ¡No recuerdo nada!... ¡Esta pobre cabeza mía! —exclamó, dándose pequeños golpes en la frente, con desesperación.

Harry fue junto a la noble dama.

—¿Cuándo se ha despertado usted, *lady Kitts*? —preguntó.

Vaciló ella y luego le miró con curiosidad.

—Hace un cuarto de hora, quizá. Toqué el timbre y vino la señora Gray. Pero..., ¿por qué me pregunta eso?

Francis farfulló, dando un empujón a Evans para impedirle le interrogara:

—¡No voy a permitirle que la moleste!...

Pero Evans taladró con la mirada a su oponente.

—¿No estamos preocupados por la muerte de la doncella?

—¡Deje ese asunto en paz! ¡No se lo voy a decir dos veces!

Le sujetó de las solapas, con ánimo de intimidarle, pero Harry le

dio un golpe seco en las muñecas, haciéndole gritar de dolor.

—Manténgase a distancia, Francis; está resultando muy sospechosa su actitud.

Davis se llevó rápidamente al sobrino de *lady Kitts* a un lado, y el anticuario quedó ante la dama.

Champion fue en su auxilio.

—De alguna forma estamos pensando que los hechos no son como parecen a primera vista, Evelyn —explicó—. ¿Podrías ayudarnos?

La señora Gray mantenía ambas manos sobre el respaldo del sillón que ocupaba *lady Kitts*, atenta a la menor de sus indicaciones.

—No entiendo de qué me hablas, Cliff.

—Es muy largo de explicar, querida, y no deseo fatigarte. Bastará con que respondas a unas preguntas del señor Evans.

La dama parpadeó.

—¿Es policía?

—No, *lady Kitts* —aclaró Harry—. Soy realmente un anticuario, como le ha dicho el señor Champion. Vine a causa del anuncio para examinar las tallas sajonas. Pero estábamos hablando de usted, *lady Kitts*. ¿Se durmió nada más acostarse?

—Oh, sí, sí.

—¿Sufrió al sentir el pinchazo de la inyección?

Magda estaba junto a *lady Kitts*. Ésta la miró rápidamente, y luego sus mejillas se tiñeron levemente de rojo, como avergonzada.

—Verá; yo... pedí a Magda que no me inyectara esta noche, ¿sabe? Soy muy chapada a la antigua, y me da horror el pinchazo. ¡Ella es tan buena que accedió!... Pero no deben culpar a Magda; yo soy la única culpable de su falta. Y... —Se llevó ambas manos a la boca—, ¡oh, ahora comprendo! No me fue inyectado el sedante, y yo..., pues..., debí despertarme, y entonces cometí esas cosas tan horribles, ¿no es eso lo que están pensando?

La señora Gray se inclinó sobre el hombro de la dama.

—Le sugiero que debe retirarse, *lady Kitts*.

La voz de Francis, que había estado cuchicheando con Davis, resonó con potencia:

—¡Naturalmente que es preciso que vuelva a acostarse! ¡Y no voy a consentir que nadie siga molestándola!

Harry sonrió a la dama.

—Debe usted hacer caso, *lady Kitts*. Todos la apreciamos mucho y sólo deseamos lo mejor para usted. No se preocupe por nada y... buenas noches.

La dueña de Romney Manor tendió su mano blanca y huesuda.

—Es usted una persona muy agradable, señor Evans. Me siento muy feliz de pensar que las tallas sajonas que mi marido apreciaba tanto pasarán a poder de usted.

La señora Gray ayudó a la anciana señora, y Magda también le prestó su brazo.

—Oh, queda una cosa, *lady Kitts*. ¿Tomó leche o alguna infusión antes de acostarse?

—Siempre lo hago, señor Evans —y con una ligera inclinación de cabeza se encaminó a la salida.

Al volverse, la señora Gray tropezó ligeramente con Harry, y éste notó cómo el ama de llaves deslizaba en su mano un papel doblado cuidadosamente.

Sorprendido, lo ocultó en su mano y fingió que no había ocurrido nada.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Francis exclamó:

—No sé qué pretendía con sus preguntas, señor Evans. De todas formas, ha sido muy desconsiderado por su parte.

—Le ruego me disculpe.

—Imagino que habrá comprobado cómo Magda dijo la verdad.

—Oh, sí, sí. A *lady Kitts* no le dieron el narcótico en forma de inyección.

Las miradas de todos se centraron en él una vez más en el transcurso de aquella noche.

CAPÍTULO VIII

Alisó el papel en el bolsillo y luego, en un momento propicio, leyó su contenido: «Necesito verle urgentemente».

Aquello era todo.

Un extraño mensaje procedente de la enigmática ama de llaves, la figura más a tono con el tétrico castillo de entre los que vivían bajo el techo de Romney Manor.

La conversación languidecía, no por falta de temas, sino porque en la mente de los reunidos bullían ideas contradictorias.

Harry tomó a Vivian del brazo.

—La encuentro muy fatigada, Vivian. Será necesario que nos retiremos a descansar. Espero que mañana a primera hora podamos salir de aquí.

La muchacha fue a decir algo, pero lo que vio en los ojos de su jefe la hizo guardar silencio.

—Creí que íbamos a pasar la noche estudiando las posibilidades del asesinato de María —protestó Champion.

Evans negó.

—Prefiero dormir.

—¿Tiene... miedo?

El anticuario miró con mayor atención al viejo amigo de *lady* Kitts. ¿Qué había tras las espesas cejas, tras aquella frente arrugada y rubicunda? Bajo el telón de las pestañas brillaban los ojos de Cliff Champion con una especie de maligna satisfacción, como si se burlara de él.

—Creo que ya hemos hablado demasiado.

Rock Francis asintió.

—Es lo más sensato que he escuchado en toda la noche. Haré que preparen para su secretaria otra habitación.

Les precedió y la pareja de jóvenes abandonaron la biblioteca, no sin despedirse de Ben Davis y de Champion.

Destinaron a Vivian una habitación próxima a la de Harry. Éste la acompañó y ella se cerró por dentro. Luego, Evans deseó buenas noches a Rock Francis y él mismo se introdujo en su dormitorio.

Había un silencio absoluto en el piso alto de Romney Manor. Solamente la lluvia percutía sobre los cristales, pero aquel tamborileo había llegado a hacerse normal en aquella noche.

Volvió a leer la nota que deslizara en su mano la señora Gray, aprovechando un hábil tropezón. «Necesito verle urgentemente». Era como una llamada de auxilio que no parecía encajar en el severo y altivo porte del ama de llaves. Harry se dijo que podía haber esperado cualquier cosa menos aquella confesión de debilidad en una persona como la señora Gray. Ella debía tener muy buenas razones para cruzar el, hasta entonces, terreno infranqueable que la separaba de todos los huéspedes de Romney Manor. Algo muy grave tenía que impulsarla. Quizá el miedo.

Aguardó varios minutos a que se despejara el terreno. La nota no era muy explícita por haber sido redactada urgentemente como podía desprenderse del desigual trazo de las letras. No se indicaba en ella la forma de ponerse ambos en contacto, ni sabía él dónde se hallaba situada la habitación que ocupaba el ama de llaves. Sin embargo, estaba decidido a registrar el castillo hasta dar con ella en el caso de que no recibiera su visita.

Como si hubiera sido una invocación, oyó que alguien arañaba la puerta. Era una llamada acuciante pero silenciosa, hecha por alguien que sentía miedo y que se hallaba demasiado asustado para escuchar serenamente sus propios ruidos.

Cruzó el frío dormitorio y abrió la puerta.

No era la señora Gray.

—¿Qué haces aquí, Vivian?

La muchacha entró y se precipitó en sus brazos. No era un impulso amoroso, sino el deseo de encontrar protección, un afán de hallar el seguro refugio de unos nervios equilibrados.

—¡Estoy muy asustada!

Harry sonrió.

—Lo sé. Pero tú sabes que no podemos salir de Romney Manor: estamos aislados del mundo.

La tuteaba por primera vez de un modo continuo. Parecía como si la forzada tensión de aquellas horas hubiera acortado antiguas

distancias.

Vivian también sintió la necesidad de unirse más al hombre en el que confiaba y se olvidó del antiguo tratamiento.

—¡No puedo pasar la noche sola, Harry!

Cerró la puerta y le acarició el rubio cabello.

—Pero no es prudente que duermas aquí. Recuerda las conveniencias sociales.

—¡Oh! Estoy segura de que aquí no corro el menor peligro. Yo... ¡No me importa lo que puedan pensar! Me moriré si me obligas a que duerma en esa horrible habitación.

Evans consiguió sonreír burlonamente.

—¿No será una treta tuya para destruir mi soltería? Quizá, cuando todo haya pasado, tengas intención de apelar a mi caballerosidad para...

La muchacha retrocedió parpadeando.

—Oh, no es posible que piense eso...

Harry la empujó hacia el amplio y severo lecho.

—Acuéstate ahí, Vivian. Yo pasaré la noche en una butaca, junto a la puerta.

—No; no debo...

Volvió a sonreír él.

—Saldré al pasillo y podrás cambiarte de ropa.

Mirando todavía a la confusa muchacha, abrió la puerta y salió.

Tropezó con una figura recia, maciza, hallada impensadamente en su camino.

Instintivamente, propinó un empujón al obstáculo que se oponía a su paso en el penumbroso vestíbulo y se aprestó a la defensa.

Reconoció entonces a Norman, el criado de la cabeza rapada que gruñía a causa del empujón.

—¡No me gusta que estén escuchando, detrás de las puertas!

El criado recompuso su figura y dijo:

—La señora Gray me envía para rogarle se sirva acompañarme...

—Esperaba que ella vendría.

—Es... mejor así, señor Evans. Si usted desea ayudar a la señora Gray.

—Está bien, iré.

Tras la recia e inquietante figura de Norman recorrió una serie de pasillos por los que le resultó completamente imposible

orientarse. Le pareció que se dirigían en dirección este, pero no estaba seguro.

Aquella parte de Romney Manor olía a humedad y a moho, señal inequívoca de que apenas estaba habitada. Ante él, los pasos de Norman eran lentos y pesados, y en medio de la débil luz lo único que se veía siempre era la bola blanquecina del cráneo afeitado que parecía flotar en el aire como el brillo espectral de una calavera.

Conforme avanzaban, Harry aseguraba más su paso y ponía sus músculos en tensión al tiempo que pedía a sus sentidos la máxima agudeza a fin de detectar el peligro antes de que éste se materializase.

Sólo al cabo de lo que pareció una eternidad, Norman anunció a media voz, sin volverse:

—Estamos llegando.

Torcieron una esquina y Harry vio una escalera algo mejor iluminada. Allí se alineaban varias armaduras, como si hiciesen perpetua y silenciosa guardia. Contó hasta tres, y mientras se aproximaba a ellas trató de calcular la época a la que pertenecían.

Por eso no vio el confuso manoteo de lucha que se produjo en lo alto de la escalera, el ansioso afán por zafarse de un terrible peligro, hasta que percibió un pequeño grito.

Alzó la mirada y sólo vio caer una figura.

Un perfil humano que tropezó contra la primera de las armaduras, haciéndola caer con horrible estrépito.

El ser humano y la armadura centenaria rebotaron en los escalones. El metal del antiguo instrumento defensivo emitía sonoros tañidos que encontraban su contrapunto en el sordo golpeteo del cuerpo al rebotar en los escalones.

Simultáneamente, percibió entre las sombras de la cima de la escalera el revoloteo de otra figura que se perdía en el dédalo de corredores.

La armadura y la figura humana se detuvieron por fin a sus pies. Todo Romney Manor tenía que haberse enterado de aquel terrible estrépito, pero en los primeros minutos, Harry sólo tuvo ojos para mirar el cuerpo ensangrentado de la señora Gray, de cuya espalda sobresalía el mango de un enorme cuchillo de trincar.

Tenía los ojos muy abiertos y una mueca de terror en el rostro. No necesitó Harry tomarle el pulso para ver que la muerte había

sido casi instantánea.

Norman, inmóvil, miraba el bulto que tenía a sus pies.

—¡No lo toque hasta que yo haya vuelto! ¡Y no se mueva de aquí!

Subió los escalones de dos en dos, en persecución del fugitivo que acababa de silenciar oportunamente una boca.

Se precipitó de cabeza en los distintos corredores buscando al asesino, pero éste parecía haberse perdido en el dédalo de pasillos y escaleras que componían la parte alta de Romney Manor.

Jadeante, sin miedo al peligro, buscó afanosamente al que había visto huir para hacerle pagar sus crímenes. Mas la suerte no le acompañó y tuvo que volver, cansado y con amargor de boca, al lugar donde había dejado a Norman.

Todavía no había aparecido nadie cuando regresó junto al criado. Éste se había arrodillado junto al cuerpo de la señora Gray y lo miraba largamente, sin poder contener su emoción.

Alzó la cabeza cuando oyó los pasos de Harry.

—¿Encontró al asesino, señor?

—No.

—Romney Manor está maldito —susurró el criado.

Evans sintió curiosidad por el estado de ánimo de Norman y le pareció que se había humanizado.

—Ella no se merecía esto.

Creyó que iba a romper en sollozos, pero Norman apretó los labios y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Le posó una mano en el hombro y aquel contacto hizo levantar a Norman.

—Usted la apreciaba mucho —insinuó Harry. Asintió el criado.

—Quería casarme con ella desde que se quedó viuda. Esto tendrá que pagarlo alguien.

—Sí, Norman. Precisamente trato de que se cumpla justicia.

Él le observó con expresión nueva.

—¿Era por eso que deseaba hablar la señora Gray con usted?

—En efecto.

—Ella sabía algo.

—¿Y usted...?

Negó Norman.

—No quiso hacerme partícipe de su secreto. Si lo hubiera

hecho... ahora estaría con vida, ¿no cree?

—Es muy posible. Usted también cree que la han matado para evitar su declaración.

—No cabe la menor duda, ¿verdad?

—Eso parece. ¿Quiere ayudarme, Norman?

—¿Cómo, señor?

—Hace unas horas usted parecía muy leal al señor Francis.

—¿Se refiere usted a lo que ocurrió en el torreón? Yo no sabía quién era usted, y me molestan los intrusos. El señor Francis es el sobrino de *lady* Kitts, de modo que tuve que poner en conocimiento de él lo ocurrido.

—Entiendo.

El criado parpadeó, súbitamente asustado.

—No irá a creer que el asesino es el señor Francis...

—¿Y usted piensa que *lady* Kitts la ha matado? —Y señaló el cuerpo de la señora Gray.

La respuesta fue lenta, asustada:

—Yo... no puedo creer que...

—¿Es usted fiel a *lady* Kitts?

—¡Oh, sí! Hace veinte años que sirvo en Romney Manor. Entré en los buenos tiempos, cuando vivía lord Kitts y cuando la alegría reinaba en el castillo. Ahora, todo ha cambiado.

—¿Cuál es el motivo de ese cambio?

—No lo sé, señor. Pero sí puedo decirle que todos esperábamos que estos sangrientos sucesos ocurrieran tarde o temprano.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y miró el cuerpo de la señora Gray, cubierto los ojos de lágrimas.

—Son cosas que se advierten en el ambiente. La señora Gray... también sabía que algo terrible ocurriría.

—¿Pensaron en ello al saber los excesos de *lady* Kitts?

Asintió el criado.

—La sangre de esos animales sacrificados nos manchó a todos. Yo soy de Kent, señor, de esta tierra que siempre ha estado poblada de fantasmas, y sé adivinar cuándo los espíritus malignos rondan una casa.

—¿No le dice su intuición quién es el causante de estos crímenes?

Negó Norman.

—Sólo sé que desde que falleció lord Kitts la ambición ronda en torno a Romney Manor.

Llegaban criados, atraídos por el estrépito de la caída, y Evans decidió:

—No se mueva de aquí, Norman. Avisaré al señor Francis y a los demás: estamos demasiado lejos para que hayan oído nada.

Por el camino pensó en el nuevo golpe que acababa de dar el asesino. La señora Gray había mostrado su deseo de hablar con él y quizá el asesino vio cuando ella le puso en la mano la nota con la cita. Indudablemente, quienquiera que fuese no podía conocer el contenido del breve mensaje, pero bastaba con haber sorprendido el inusitado hecho de que un ama de llaves pasara una nota a un invitado de Romney Manor para que se despertaran las sospechas del asesino.

Pensó en quiénes estaban en la biblioteca cuando la señora Gray le dio el papel, y los nombres acudieron rápidamente a su memoria: Rock Francis, Cliff Champion, Magda Haydon, Ben Davis, Vivian y él mismo, y además, *lady Kitts*, sin contar a la propia señora Gray.

Arqueó las cejas y se detuvo un instante.

Lady Kitts pudo haber visto cómo su ama de llaves le ponía a él la nota en la mano. Pero, en ese caso, tendría que desvanecerse su teoría de que la anciana dama era inocente.

CAPÍTULO IX

El vaso se escapó de entre los dedos de Cliff Champion y se estrelló sonoramente contra el suelo.

—No es posible.

Sus ojos, muy abiertos, miraban a Harry, detenido en el umbral de la puerta de la biblioteca. Estaba bebiendo un *whisky* cuando el anticuario apareció con la respiración entrecortada y la mirada dura.

Harry repitió:

—Han asesinado a la señora Gray: puede ir a comprobarlo, si gusta.

—Pero..., ¿quién...? —no terminó la pregunta.

—No lo sé. ¿Ha estado solo todo el rato, Champion? —preguntó seguidamente.

—¿Cómo dice? Oh, no pensará...

—Antes quería usted que le interrogara, Champion. ¿Qué le ha hecho variar de opinión?

Entró en la biblioteca sin apartar la mirada del antiguo amigo de *lady Kitts*.

—Pues... No es mi intención negarme, pero me ha sorprendido su noticia, sólo eso.

—No me ha respondido.

Se encogió de hombros y de nuevo fue el mismo hombre cínico, de vuelta de todas las cosas y lleno de experiencia después de toda una vida dedicada al tráfico con las Colonias.

—Davis y yo nos quedamos charlando aquí cuando ustedes se fueron. Luego, él también me abandonó y yo continué en mi sillón hasta que acabé el cigarrillo. Ahora me tomaba un *whisky* y estaba dispuesto a irme a dormir, pero..., está visto que ninguno podremos pegar un ojo esta noche.

—Así, ha estado solo durante los últimos diez minutos.

—Más o menos, sí. ¿Le sugiere eso algo?

Harry le mostró una sonrisa que no tenía nada de amistosa.

—Vi huir al asesino y se me escapó de entre las manos... justo hace unos diez minutos.

Champion no se inmutó.

—Recuerde usted a los demás, Sherlock Holmes. Davis salió de aquí y bien pudo hacer el trabajo ese del que usted habla. O el mismo Rock Francis. Dudo que él tenga coartada. O Magda. O la propia Evelyn. ¿No sabemos todos que desvaría?

—Cierto. Hablaré con los demás, y... ¿quiere auxiliar a Norman? Encontrará el cadáver al pie de la escalera que da a las habitaciones del servicio.

Salieron juntos y Harry se encaminó a la escalinata que ponía en comunicación la planta baja con las habitaciones de los invitados.

Fue entonces cuando le pareció oír una llamada de socorro. Un grito ahogado seguido de un jadeo y un nombre dicho entre gemidos:

—¡Harry!... ¡Harry!...

Se detuvo, paralizado, notando que el corazón le golpeaba violentamente en el pecho. Se volvió instintivamente y vio a Champion que también se detenía en el otro extremo del vestíbulo, como si él hubiera oído algo igualmente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿También llegó hasta usted? Por un momento pensé que era una ilusión de mis oídos —explicó Harry.

—Sonó arriba, y le llamaban a usted.

Recordó a Vivian que estaba en su dormitorio y subió como una exhalación. No necesitó volver la cabeza para saber que Champion le seguía.

Empujó la puerta de su dormitorio con todas las fuerzas, y cayó rodando dentro al no encontrarla cerrada con llave.

Entonces se oyó con más fuerza el grito de Vivian que salía de las sombras.

—¡Vivian! ¡Estoy aquí! ¿Qué sucede?

Se incorporó rápidamente y buscó su linterna, pero Champion se adelantó a encender la luz eléctrica.

Los dos vieron a Vivian acurrucada a los pies de la cama, con el camisón en desorden y los cabellos revueltos. Su mirada expresaba

todo el horror que la dominaba y la barbilla temblaba tanto que sus dientes entrechocaban unos con otros.

Se incorporó penosamente y tendió los brazos hacia Harry. Éste la recibió en el hueco de los suyos y la estrechó contra su pecho.

—¿Qué ocurre, Vivian?

No había nadie más en la habitación, nada que justificara aquel terror loco, pero la muchacha no estaba dando un espectáculo como aquél sólo a causa de alguna pesadilla.

Estaba al borde de un ataque de histerismo, y Harry lo cortó en flor sin compadecerse.

Su mano abofeteó repetidamente las mejillas femeninas, y pasada la crisis, Vivian se puso a llorar más calmada, apoyando el rostro en el pecho masculino.

Champion se mantenía algo apartado, confuso, mirando a la muchacha que todavía temblaba.

—Explícate, nena. ¿Qué ocurrió?

—Trataron de matarme... Yo... sentí que había alguien en la habitación y... te llamé creyendo eras tú. Luego noté que unas manos me buscaban en la cama y sentí el contacto de un cuchillo. Fue entonces cuando grité.

—Continúa. ¿Quién era?

—No lo sé. Pero al gritar pareció huir.

—¿Se asustó?

—No sé, pero me soltó y... Yo estaba demasiado asustada y creo que le sujeté.

Luchamos, no sé... ¡Oh, Harry! Me arrojó al suelo y huyó...

—¿Por la puerta?

—Quizá, no vi nada, me sentía como muerta...

La condujo a un sillón y la hizo sentarse. Del pasillo llegó Ben Davis, completamente vestido. Jadeaba, y Harry le miró inquisitivamente.

—He oído gritos, y... —dijo el experto en arte, deteniéndose en la puerta.

Evans se dirigió hacia él.

—Su respiración es agitada, Davis. ¿Por qué?

—Oiga, ¿a dónde quiere ir a parar?

—¡Responda!

Champion especificó:

—Nuestro amigo piensa que tú has podido atentar contra la vida de Vivian, después de haber asesinado a la señora Gray.

Ben Davis se quedó sin habla. Su rostro se tornó blanquecino, y de pronto, una oleada de sangre afluyó a sus mejillas.

—¡Pero...! —Masticó las palabras—: ¿Es cierta esa estupidez?

—La señora Gray ha sido asesinada hace menos de quince minutos.

El experto en arte balbució:

—Yo... he venido corriendo al oír los gritos de su secretaria. Pero ¿y el ama de llaves?

—Muerta.

—¿Cuándo?

—Hace apenas un cuarto de hora. Tenía algo muy importante que decirme y me llamó. Norman me acompañaba y cuando llegábamos a las dependencias del servicio fue asesinada. Cayó a nuestros pies desde lo alto de la escalera. El asesino actuó muy rápido..., y a tiempo.

—Habla usted como si fuera un hombre. ¿Ha descartado a *lady* Kitts?

—No; no la he descartado en absoluto, Davis. A propósito, ¿dónde ha estado desde que abandonó la biblioteca?

—En mi habitación.

—Imagino que estaría solo.

—Así es.

—¿Qué hacía?

—Prepararme para acostarme.

—Su ropa no indica eso. ¿O tuvo tiempo de vestirse después de oír el grito de mi secretaria?

—No me gusta lo que trata de insinuar, Evans, y no se lo voy a consentir, de modo que... —Avanzó unos pasos, pero Champion le retuvo del brazo.

—Déjale, Ben. Él está en su papel: ansia descubrir al asesino.

—¡Váyase al diablo, Evans! —Gritó el experto en arte—. Y no vuelva a cruzarse en mi camino.

Desapareció con pasos furiosos que delataban su estado de ánimo.

Harry volvió su atención hacia su secretaria que estaba secándose las lágrimas.

—Vístete, Vivian. La lluvia ha cesado y no tardará en amanecer.

La ayudó a incorporarse y entonces le miró la mano izquierda, crispada todavía, lo cual denotaba que sus nervios continuaban tensos.

—Tienes que tranquilizarte, querida.

Le pasó las manos por los hombros y le acarició suavemente la barbilla. Luego, lentamente, le palmeó el brazo y tomó la mano que revelaba su estado anímico.

—Respira hondo y olvídate de todo. Tienes que relajarte. Vamos. Abre esa mano y... ¿Qué es esto?

En la palma sonrosada, enredados en los dedos medio y anular se veían varios cabellos largos, de un color rubio ceniciento.

—No sé...

—No te pertenecen, querida. ¿De dónde los tomaste?

—Oh, ¿qué más da?

Harry no respondió de momento. Su mente trabajaba con gran intensidad, y en su imaginación se repetían los hechos según el relato de Vivian.

—Son de la persona que intentó asesinarte.

Champion miraba por encima del hombro de Evans, tratando de ver también él los cabellos mencionados.

—¡Cielos!... —susurró—. Esos cabellos pertenecen a Evelyn. En ese caso... —Su voz se quebró.

La muchacha preguntó con un hilo de voz:

—¿Quiere decir que *lady Kitts* ha sido quién...? —no terminó y sus bellos ojos giraron en las órbitas.

—Parece ser que no hay duda —admitió Evans—. La demencia de *lady Kitts* es cosa real..., aunque existe algo que no acabo de comprender.

—¿Qué es ello? —inquirió Cliff Champion.

—El asesino utilizó la puerta para entrar y salir. Sin embargo, Vivian se cerró por dentro con una vuelta de llave cuando me marché. De alguna forma, el asesino se apoderó de una llave que abría esta cerradura.

—No es muy extraño, Evans —puntualizó Champion—. Es lógico que *lady Kitts* posea llaves de todas las habitaciones.

—No es esto lo que me extraña, sino la razón por la cual *lady Kitts* no utilizó los pasadizos secretos: es un camino mucho más

seguro.

—¿Existen realmente esos corredores secretos?

—Me han asegurado que sí, y que *lady Kitts* es la única que los conoce.

—Es raro; ni ella ni su marido me hablaron jamás de ellos.

Vivian les interrumpió:

—No pueden seguir ahí, charlando, mientras el asesino anda suelto. ¿Por qué no encierran de una vez a *lady Kitts*, si es ella la culpable?

Harry continuaba ensimismado en sus pensamientos.

—Claro que bien pudieran no existir...

—¿De qué habla? —se interesó Champion.

El muchacho empujó a su interlocutor hacia la puerta.

—Vístete, Vivian. Te doy dos minutos. Nosotros aguardamos al otro lado de la puerta.

Salieron y no debió pasar el plazo indicado cuando la muchacha se unió a ellos. El miedo la había impulsado a arreglarse en un tiempo récord.

—Despertaremos a Rock Francis y al doctor Allen, y todos juntos resolveremos nuestro problema.

Así lo hicieron. Champion conocía bien las dependencias del castillo y les condujo ante la puerta del dormitorio ocupado por Francis. Debía tener el sueño muy ligero porque abrió casi al instante.

Gruñó algo al verles e instintivamente se cerró mejor la chaqueta del pijama al reconocer a Vivian.

* * *

—¿Qué sucede? ¿Es que no va a dejarnos dormir en toda la noche, Evans?

—La señora Gray ha sido asesinada, y mi secretaria ha estado a punto de correr la misma suerte.

Francis abrió la boca pero no salió de sus labios sonido alguno.

—No es posible...

—Creo que ha llegado el momento de dar una solución a esto. Es preciso tomar medidas para impedir que el asesino continúe su loca carrera de crímenes.

—¿Y qué podemos hacer? No es fácil tomar una decisión...

Champion carraspeó.

—Hay algo que debes saber, Rock. La secretaria del señor Evans, al verse atacada, luchó por salvar su vida y en sus dedos quedaron unos cabellos de quien la atacaba. ¿Quiere mostrárselos, Evans?

Harry sacó una libreta entre cuyas hojas había dejado los cabellos y los mostró al sobrino de *lady Kitts*.

Éste cerró los ojos, abrumado por la realidad.

—Dios mío.

—¿Comprendes ahora, Rock? —Insistió Champion—. Es preciso impedir que *lady Kitts* continúe moviéndose libremente por Romney Manor.

—Sí —asintió, oscura la voz—. Creo que sí. Avisen al doctor Allen mientras me cambio de ropa.

La habitación del siquiatra no estaba lejos, pero tuvieron que llamar durante largo rato antes de que abriera la puerta.

Cuando al fin lo hizo sin lentes, tanteaba penosamente ante sí para encontrar los obstáculos que había a su paso. Sus cabellos se hallaban revueltos lo mismo que su ropa de dormir.

—Pe... perdonen. Tengo el sueño muy pesado. ¿Ocurre algo?

—Vístase —pidió Champion—. Tenemos que tomar una determinación con *lady Kitts*. La señora Gray ha sido asesinada.

Allen se tambaleó.

—¿Lo ha hecho... *lady Kitts*?

—Hay ciertos indicios. Dese prisa.

Iba a volverse para seguir las instrucciones, pero Harry pidió:

—Un momento, doctor, ¿no ha oído nada extraño desde el momento en que se acostó?

—Ya le digo que tengo el sueño muy pesado, lo siento.

—Otra pregunta. ¿Es vigorosa *lady Kitts*?

—¿Vigorosa?

—Sí; recuerde: la señora Gray ha sido asesinada. Yo vi cuando se cometía el crimen y hubo lucha. El ama de llaves era fuerte, aunque su constitución fuese más bien delgada. Después del crimen, el asesino huyó sin que yo pudiera verlo. Huyó a la carrera, con bastante agilidad. ¿Cree usted capaz a *lady Kitts* de algo semejante?

Allen tanteó los muebles en su regreso hacia la mesilla antes de responder. Una vez junto a la cama, buscó los lentes y se los caló. Sólo entonces pareció dispuesto a responder:

—En condiciones normales, no. El organismo de *lady* Kitts es débil. Pero nadie ignora que los enfermos mentales, en sus momentos de furia, desarrollan una energía muy superior a la de una persona robusta.

Harry asintió.

—Sí; es cierto.

Francis se les unió al instante.

—Vamos, de prisa. Quiero saber cómo se encuentra mi tía. Llévase consigo algún hipnótico, doctor Allen. Quiero tener la seguridad de que *lady* Kitts no podrá moverse hasta que venga la policía.

Vivian se estremeció junto al cuerpo de Harry. En un susurro le confió:

—No quisiera verme de nuevo frente a ese horrible cuchillo que me rozó en la oscuridad...

CAPÍTULO X

Cuando llegaban a las habitaciones de *lady* Kitts se abrió la puerta del dormitorio de Magda. Pareció sorprendida al verles.

—Oh. ¿Ustedes aquí? Iba a dar una vuelta por la alcoba de *lady* Kitts, para comprobar que todo va bien. ¿Ocurre algo?

Harry vio que la enfermera de la anciana propietaria de Romney Manor tenía el oscuro cabello, suelto, y un bonito camisón bajo el salto de cama cerrado hasta el escote. Ella paseó la mirada por el grupo, intimidada por la severa expresión de todos los rostros, y cuando reconoció a Rock Francis acudió a él:

—¡Oh, Rock! ¿Qué sucede?

—Temo que haya vuelto a suceder algo horrible.

Harry Evans tomó la palabra:

—Usted duerme cerca de *lady* Kitts, ¿no?

—De esta forma puedo atenderla mejor.

—Comprendo. ¿Oyó algo raro en la media hora última?

Ella negó:

—En absoluto. ¡Pero, díganme de una vez lo que les hace estar aquí a estas horas! —El miedo había vuelto a alterar sus facciones. El mismo miedo que Harry viera en sus ojos al principio de la noche.

Francis la informó:

—Se trata de la señora Gray: la han asesinado.

La enfermera se tambaleó y Rock la tomó en sus brazos. La llave que tenía en la mano cayó al suelo y Harry se apoderó de ella, dirigiéndose acto seguido a la habitación de *lady* Kitts en compañía de Vivian mientras los demás rodeaban todavía a Magda.

—¡Es preciso que me ayudes, Vivian! —Susurró rápidamente Evans—. Es absolutamente necesario.

—¿Qué debo hacer? —La firme expresión masculina hizo que la muchacha se plegara inmediatamente a la poderosa personalidad de

su jefe.

—Tienes que hablarme de nuevo del ataque de que fuiste víctima. ¡Debes recordar algo especial, algo revelador, sea lo que sea! ¡No admito que me hables de tu miedo y de que no tuviste posibilidad para observar algo insólito! Es imprescindible que hagas un esfuerzo y recuerdes. ¡Concéntrate!

Mientras introducía la llave en la cerradura, Vivian hizo lo que su jefe le pedía.

Luego, los dos hablaron rápidamente en voz baja sin entrar en el dormitorio de la dama. Escasamente pasaron tres minutos y ya Francis acudía a su alcance.

—¡Un momento, Evans! Esto me corresponde.

Harry se hizo a un lado, sonriendo.

—Por supuesto.

El sobrino de *lady* Kitts empujó la puerta ya abierta. Cedió ésta suavemente y apareció ante los ojos de todos el dormitorio de la dama.

Entraron. Había una atmósfera pesada en la alcoba, como si hiciera mucho tiempo que no hubiera sido ventilada. Era una mezcla de olores extraños, densos, y Harry asoció aquel aroma enervante al de la muerte.

Una única luz iluminaba la amplia estancia. Era un viejo quinqué transformado en lámpara de mesa que se hallaba sobre la mesita de noche.

Pisando con suavidad, avanzaron. Contenían hasta el aliento y miraban en todas direcciones, temiendo una dramática aparición. En la mente de ellos estaba fija la imagen de *lady* Kitts enarbolando un cuchillo de sangrienta hoja dispuesta a clavarla en el primero que se pusiera a su alcance.

Nada ocurría, sin embargo. El silencio más espeso reinaba en la alcoba. La amplia cama de dosel tenía echadas las cortinas de los pies y de uno de los lados, de modo que no vieron su interior hasta dar la vuelta por completo al viejo lecho.

Lady Kitts no estaba allí.

Todos retrocedieron, sin embargo, como fustigados por un ramalazo de miedo.

Era natural que *lady* Kitts se encontrara en su cama, pero al no ser así equivalía a una horrible amenaza vagando suelta por el

castillo.

—¡No es posible!... —Rock Francis musitó con voz quebrada, horrorizado por aquella posibilidad que los demás tenían bien presente.

Miraron en todos los rincones, con el alma en un hilo, asustados de los ruidos que ellos mismos causaban al remover los muebles en busca de la amenazadora figura de *lady Kitts*.

Pero no estaba ahí, en el dormitorio y sin embargo, la puerta estaba bien cerrada con llave cuando Harry la abrió.

Magda Haydon gimió junto a Francis:

—Se habrá escondido en algún lugar del castillo... ¡Es horrible!...

Francis la enlazó por la cintura para sostenerla, y Vivian también se aferró al firme brazo de Harry.

Éste se deslizó hacia el cuarto de baño. Era el único lugar donde nadie había mirado.

Accionó la manecilla y empujó la puerta. Antes de entrar dio un empujón a Vivian para impedirle entrar.

Luego se introdujo lento, haciéndosele infinito el tiempo, con la misma sensación que un domador entra en la jaula de los leones.

Crujió la puerta. La señal hizo volver la cabeza a los reunidos, hacia allí, y *Champion* susurró:

—¡Cuidado, Evans!

La luz también estaba encendida y un grifo goteaba sonoramente sobre una masa líquida.

El vapor de agua le impedía ver. Un calor sofocante le hizo toser. Alguien había tomado un baño de agua caliente hacía poco, y la atmósfera de la reducida estancia se hallaba cargada de humedad.

Parpadeó y forzó la vista para alcanzar a distinguir la bañera, situada tras una impresionante cortina vaporosa.

Algo había allí. Alguien tomaba plácidamente un baño.

—Perdón, *lady Kitts* —se excusó.

Pero la dama no se movió. Harry carraspeó sonoramente y adelantó otro paso.

Del agua emergía la cabeza de cabellos cenicientos y parecía mirar hacia la pared, indiferente a quien entraba.

—*Lady Kitts*! —llamó más fuerte.

Y entonces, a través del vapor, le llegó el impacto de la imagen horrible de una masa sangrienta.

De pronto, la corriente de aire establecida barrió el denso vapor de agua y la atmósfera quedó clara.

El color de la sangre le horrorizó. *Lady Kitts* parecía estar tomando un baño de sangre. Ésta le llegaba hasta la barbilla, y el grifo mal cerrado dejaba escapar una gran gota de agua que reventaba contra la superficie roja del baño.

Tenía la dama los ojos cerrados, y parecía disfrutar en aquel baño de roja sangre que parecía a punto de beber.

Harry sintió que todo su cuerpo era una pura náusea y tuvo que agarrarse a la puerta para no caer.

—De prisa, vengan aquí —pidió.

Oyó los pasos precipitados de varias personas, y entraron en el cuarto de baño los tres hombres. Francis jadeó:

—¡Qué horror!

Champion quedó inmóvil, incapaz de hacer o decir nada, y el doctor Allen se dirigió rápido a la bañera.

—Vamos, ayúdenme.

La sacaron entre todos del baño, olvidándose de la roja masa de líquido que la envolvía. Suavemente dejaron el pequeño cuerpo de *lady Kitts* sobre el suelo y el siquiatra hizo una breve exploración.

—Se abrió las venas al tiempo que tomaba un baño caliente. Una muerte fácil y sin dolor, al estilo de los romanos.

Harry se mordió los labios sin apartar los ojos de aquel cuerpo sin vida. Al pie de la bañera vio entonces un cuchillo de afilada hoja que presentaba manchas rojas en el corte.

—Pobre Evelyn —musitó Champion—. Ella comprendió que tenía que acabar con su mente extraviada.

Francis se agarró al brazo de Champion.

—No puedo ver tanta sangre. Creo que voy a desmayarme.

—Salgamos de aquí: no podemos hacer nada por ella —decidió el doctor Allen.

Vivian y Magda habían quedado en el dormitorio, sin atreverse a entrar, pero en la expresión de ambas se adivinaba el mal momento que estaban pasando, con sólo imaginar lo que habían encontrado los hombres en el baño.

Francis abrazó a Magda.

—Todo ha terminado. Tía Evelyn se ha... —no terminó y la enfermera rompió a llorar.

Todos hablaban a un tiempo, y Harry aprovechó la confusión para abandonar el dormitorio sin que nadie le viese. Había algo que deseaba investigar para asentar con pruebas su idea.

Una vez en el pasillo lo recorrió en sentido inverso hasta llegar al primer recodo.

Una vez allí, aguardó en la completa oscuridad del corredor, escuchando todavía las voces alteradas de los habitantes de Romney Manor comentando los últimos acontecimientos.

Poco a poco, salieron del dormitorio y se dirigieron a la planta baja, sin duda para visitar el lugar donde había tenido lugar la muerte del ama de llaves. Harry dejó que transcurrieran todavía varios minutos antes de salir de su escondite. Cuando al fin lo hizo, sintió que el silencio de aquella parte del castillo pesaba como una losa de mármol.

Intentó ahogar el eco de sus pasos pero no podía evitar que la suela de uno de sus zapatos rechinase levemente al andar. Harry trató de no distraerse con el recuerdo de la Muerte reinando sobre Romney Manor.

Se había propuesto cortar la serie sangrienta y sabía que estaba en condiciones de conseguirlo si dominaba los nervios.

Siguió avanzando, cauteloso y silencioso como una sombra más del largo e inhóspito corredor. Muy cerca se hallaba la puerta labrada de la habitación de *lady Kitts*. Tras ella, encontraría otra vez el cuerpo de la infortunada dama y la bañera rebosante de su sangre.

Llegó al fin al dormitorio de *lady Kitts* y entró en él. Encendió la luz y cerró tras sí.

Un hálito dulzón llegó hasta él e instintivamente miró al baño cerrado, tras el que se hallaba el frágil cadáver de la propietaria de la mansión. Dentro de aquellas cuatro paredes estaba seguro de hallar el secreto de los dramáticos acontecimientos ocurridos aquella noche.

Abrió los armarios y buscó en el secreter. Casi un cuarto de hora después encontró unas cartas. Llevaban el membrete de una entidad bancaria y las miró muy por encima, leyendo a saltos. Una de ellas, decía:

... De acuerdo con sus instrucciones, hemos procedido a liquidar sus valores en el mercado bursátil, obteniéndose un total de 67.322 libras, según detalle que adjuntamos.

Y en otra leyó:

«... Su cuenta corriente arroja con fecha de hoy un saldo de 102.537 libras».

Y en la última encontró lo más revelador:

«... Esperamos que su decisión de cancelar su cuenta corriente, sea debido a una circunstancia transitoria, pasada la cual volveremos a gozar de su confianza».

La carta personal del director del Banco de Kent tenía fecha de tres días antes. La inmediata reacción de Harry fue preguntarse qué podía haber hecho *lady* Kitts con más de cien mil libras en su retiro de Romney Manor.

Se guardó aquellas cartas y abandonó el dormitorio donde para siempre reinaría la sombra de una dama con un trágico fin.

Cuando salió al pasillo tuvo la sensación de que alguien le espiaba y quedó inmóvil durante un par de minutos, acechando las sombras que le rodeaban. Lentamente, miró a su alrededor tratando de adivinar en qué lugar le acechaba el peligro, pero no encontró motivo alguno de preocupación. Sin embargo, la desagradable impresión persistía en su ánimo.

Avanzó unos pasos y se detuvo. En medio del silencio, algo había crujido, una madera reseca por el tiempo o una puerta de goznes oxidados.

Se revolvió, tensó todo el cuerpo, esperando ver el centelleo alucinante de un cuchillo diestramente manejado.

En lugar de eso vio algo que le erizó los cabellos a pesar del esfuerzo que hizo para no dejarse llevar por los nervios.

Cerca de donde él se encontraba había un viejo arcón de roble tallado que debía tener antigüedad de siglos. La tapa del mismo, incomprensiblemente, se alzaba con cuidado al tiempo que una mano emergía del interior del mismo, una mano extrañamente pálida y sepulcral.

Harry apretó los puños y llenó su pecho de aire. No era vulnerable a la superstición ni al miedo, pero los acontecimientos de aquella noche trágica bastaban para destrozar los nervios mejor templados.

El muchacho se mordió el labio inferior y luego, resueltamente, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Después, avanzó hasta ponerse a tres pasos del arcón, fingiendo empuñar un arma.

—¡Vamos! ¡Salga de ahí, quienquiera que sea! Tengo una pistola en la mano.

La orden sonó tan amenazadora, que el sonido de su voz se amplió misteriosamente en las altas bóvedas.

Poco a poco, la tapa se abrió por completo, y una figura humana vestida de negro salió del interior. Era escasa la luz para identificar fácilmente al que había elegido como escondite un antiquísimo arcón, y por eso enfocó hacia allí su linterna de bolsillo.

Vio un cráneo afeitado y unos ojos fosforescentes como los de un gato.

—¡Norman! —exclamó Harry, sorprendido.

El criado sacudió la cabeza.

—Oh, es usted, señor Evans. No le reconocí. Por eso me escondí aquí, precipitadamente.

—¿Huye de algo?

—Imaginé que el asesino rondaría por aquí y quise hacer algo por descubrirlo.

—¿Qué idea le ha dado de buscar por esta parte del castillo?

—Recordé algo que me dijo la señora Gray en cierta ocasión.

—¿Y qué le confió el ama de llaves?

—Ella era muy inteligente y sabía ver lo que había detrás de las apariencias. Por eso me dijo hace pocos días, a raíz de uno de esos hechos inexplicables, que han ocurrido en Romney Manor: «*Lady Kitts* es tan inocente como una niña. Alguien que está muy cerca de ella tiene planes inconfesables que yo he de impedir».

—¿No fue más explícita?

Norman negó:

—Yo no la entendí. Luego añadió: «Esa persona ha conseguido dominar la voluntad de *lady Kitts* para apoderarse de su dinero. No creas nada de lo que veas, Norman».

Se alejaron de las habitaciones de *lady Kitts*.

—¿Por qué se marchó de dónde le dejé, sin haber ido nosotros a relevarle, Norman?

—Oh, vino el señor Davis y me dijo que se quedaría él mientras yo venía en busca de ustedes.

—Eso dijo el señor Davis, ¿eh?

—Sí. Parecía muy interesado. ¡Oiga, señor Evans! ¿Acaso es él quien...?

Harry no respondió directamente.

—Necesitaré su ayuda, Norman. Tenemos que buscar algo.

CAPÍTULO XI

Harry entró en el comedor de Romney Manor donde se estaba sirviendo un desayuno a hora más temprana que la normal.

—Por fin he conseguido reparar la avería de mi coche, señores. Mi secretaria y yo podremos marcharnos en seguida y avisaremos a la policía.

Francis, vestido de negro, ocupaba la presidencia de la mesa, y en torno a la misma se hallaban Davis, Magda, Champion y el doctor Allen. La luz del nuevo día, muy pálida todavía, entraba por el ventanal. La tormenta había cesado por completo, y un sol deslucido asomaba por el horizonte.

Harry ocupó su lugar en la mesa y comprobó que Vivian no estaba allí.

—¿Dónde ha dejado a su secretaria, Evans? —preguntó Champion.

—Se ha retrasado algo, pero vendrá inmediatamente.

Una doncella les sirvió el desayuno y Harry miró a hurtadillas a cada uno de los protagonistas de aquella noche fatídica. En los rostros de todos, el insomnio y los dramáticos acontecimientos habían dejado su huella. Un silencio inquietante reinaba en el amplio comedor y Evans sintió incluso frío.

Estaba poniéndose mantequilla sobre una tostada, cuando Davis le espetó:

—Bien, Evans, ¿qué hay de todas sus teorías de anoche?

Se encogió de hombros el aludido.

—Se han esfumado.

—Veo que confiesa su error. La policía nos dará la explicación justa. Quizá todos hemos sido un poco responsables, permitiendo que *lady Kitts* pudiera moverse a su antojo.

Francis dejó caer un cuchillo, que resonó estridentemente al chocar contra el plato.

—¿No podemos dejar de hablar de lo mismo?

Harry perdió el interés por su desayuno.

—Creo que no. Tenemos la obligación de ver qué hay detrás de los hechos, Francis.

—Son demasiado claros para que desee ahondar más en mis sentimientos.

—Es necesario, sin embargo. Champion decía anoche algo muy inteligente. Me recordó una frase de Cicerón: «*¿Qui prodes?*».

El doctor Allen volvió el rostro hacia él.

—¿A quién beneficia?

—Exacto. ¿A quién beneficia la muerte de *lady Kitts*?

Las mejillas de Francis se tiñeron de carmín.

—¡Si dice una sola palabra más le haré callar por la fuerza! — rugió.

Pero Evans no pareció escucharle.

—Deberíamos empezar por el principio, ¿no les parece? Yo tengo mi teoría, y puesto que no disponemos de otra mejor, podemos examinarla.

Champion asintió.

—Hace horas que me pregunto cuáles son sus propósitos, Evans. Desde que descubrimos el cadáver de Evelyn, no nos hemos separado, uno de otro, ninguno de los habitantes de Romney Manor. Vivian y Norman se han encargado de evitar que nos dispersáramos. ¿Por qué?

—Seguían instrucciones mías, y me siento orgulloso de ambos colaboradores.

Francis saltó:

—¡No me he dado cuenta de semejante actitud, porque de otro modo no hubiera consentido...!

Harry se incorporó y avanzó hacia el sobrino de la difunta *lady Kitts*.

—Déjeme llegar hasta el final. Dentro de unos minutos abandonaré Romney Manor para siempre. Pero antes van a escucharme.

—¿Qué hacía usted mientras sus amigos nos vigilaban? — Preguntó Ben Davis—. Yo también me he dado cuenta de los esfuerzos de Vivian por retenernos en la biblioteca.

—Me he tomado la libertad de registrar las habitaciones de

todos ustedes.

La declaración no satisfizo a ninguno de los reunidos. Las protestas tomaron agrios perfiles, y al escuchar las violentas expresiones, se abrió la puerta y entró Norman, imponente y amenazador. La mirada que dirigió sobre los reunidos fue inquietante.

—Alguno de ustedes mató a la señora Gray, y el culpable va a pagarlo —advirtió, roncamente.

Harry consiguió el silencio con sólo alzar las dos manos.

—Usted es el heredero de *lady Kitts*, ¿no es cierto, Francis?

—Si trata de acusarme...

—Es el heredero, sí, lo sé muy bien —cortó rápido Harry—. Y usted, Davis, recibirá las obras de arte de Romney Manor. El doctor Allen percibirá diez mil libras por sus desvelos, y Romney Manor pasará a ser propiedad de Cliff Champion. También usted, Magda, recibirá cinco mil libras, y así, todos se beneficiarán con la generosidad de *lady Kitts*.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Francis.

—Encontré una copia del testamento en el despacho de usted. Pero, sigamos. ¿A quién aprovecha la muerte de *lady Kitts*? Creo que a todos, ¿no es cierto?

Champion jugueteó con un cuchillo sobre el mantel.

—¿Piensa que todos somos culpables?

—No; hay un único asesino.

—¡Pero mi tía se suicidó! —protestó Francis.

—Según mi punto de vista, no. Alguien quiso hacerla pasar por loca. Para ello, empezó a degollar animales domésticos, dejando grandes manchas de sangre por doquier, especialmente en las ropas de cama de la difunta *lady Kitts*. Esto crearía un clima de horror al final del cual, en una crisis mental, *lady Kitts* se suicidaría.

—Una bonita teoría —se burló Champion—. ¿Por qué murió María y la señora Gray?

—Es fácil decirlo. María, por ser la doncella personal de *lady Kitts*, averiguó un día que su ama no cometía aquellos actos de sadismo con los inofensivos animales domésticos, y comprobó con estupor, que alguien quería inculpar a su ama. Tratando de ayudarla sin provocar ningún escándalo, le hizo una advertencia al asesino, y con ello firmó su sentencia de muerte. Con toda

seguridad, el asesino la citó en el torreón haciéndole creer que llegarían a un acuerdo, y la mató ante mis propios ojos.

Ben Davis recordó, triunfal:

—¿Ha olvidado que usted mismo declaró haber visto a *lady Kitts* con el cuchillo?

—No; yo afirmé que alguien con moño y toquilla de punto cometió el crimen.

—Nadie responde a esas señas, excepto...

—Es muy fácil ponerse unas sayas largas, un mantón de lana y una peluca similar al cabello de *lady Kitts*. La señora Gray también sospechó algo y me pasó un mensaje para hablar conmigo y confiarme sus temores, toda vez que nadie de los aquí presentes parecían merecer la confianza del ama de llaves. El asesino vio cómo ella me citaba, y optó por salvarse antes de que el peligro fuese mayor para él.

Un silencio molesto reinaba en el comedor; todos, excepto Harry, tenían la mirada huidiza y los gestos nerviosos, como si temieran algo.

—Por último, a fin de asegurarse la impunidad, quiso asesinarme, y para ello entró en mi dormitorio. Pero encontró allí a Vivian, que no quiso dormir en su alcoba a causa del miedo. El asesino quedó tan sorprendido que huyó, no sin dejar unos cabellos de la peluca en las manos de mi asustada secretaria. Y llegamos al final, el suicidio de *lady Kitts*.

Volvió a la mesa y ocupó su puesto, con cierta teatralidad. Ni un suspiro se percibía en el amplio comedor y todas las miradas estaban fijas en Harry, que parecía aguardar algo.

Fue Champion quien objetó:

—Hasta ahí la teoría, Evans. ¿Y las pruebas?

—Primera prueba: *lady Kitts* no pudo asesinar a María porque estaba bajo los efectos de un sedante cuando yo la vi en su dormitorio, a pesar de que sabemos que no le fue puesta la inyección prescrita.

—¿De qué forma tomó el hipnótico, en ese caso?

—Por vía bucal, con la leche que bebía siempre antes de acostarse. Estoy seguro de que el forense hallará residuos del mismo en el tubo digestivo, cuando haga la autopsia. La otra prueba, concluyente también, es fácil de comprobar. La persona que atacó a

Vivian no era *lady* Kitts porque los cabellos que mi secretaria tenía en la mano eran distintos de los de la noble dama.

—¿Distintos? —inquirió Francis.

Harry asintió.

—La policía comprobará mis observaciones. Esto prueba que el asesino utilizaba peluca, tratando de inculpar a *lady* Kitts.

Abandonó la silla y sacó su cartera para extraer de ella las tres cartas del Banco que encontró en la habitación de la dueña del castillo.

—Queda una última cosa, Francis. Usted llevaba los asuntos financieros de su tía, ¿verdad?

—Sí; me concedió poderes.

—En ese caso, podrá explicarme el significado de esto.

Le dio a leer las tres cartas. Rock Francis se enteró de su contenido en unos instantes, y se incorporó de un salto, lívido el semblante.

—¡Pero esto no es posible!

—Lo es. *Lady* Kitts retiró todos sus fondos del Banco. ¿De verdad no tenía usted noticia de esto?

—¡Claro está que no! ¡Ha sido una operación realizada en esta misma semana, y yo no he visitado el banco desde hace quince días! ¿Cómo han podido llegar estas cartas a poder de mi tía, sin que yo las viera? —Y miró en torno, como tratando de adivinar quién había podido sustraer del correo aquellas cartas para evitar que él se enterara de su llegada.

Harry las recogió.

—Creo que a la policía le costará mucho trabajo hallar ese dinero, que se encuentra escondido en algún lugar de Romney Manor. Este castillo ofrece numerosos escondrijos para guardar una fortuna como esa..., y no resultará sencillo dar con ella, a menos que el asesino nos lo diga. Claro que haremos que declare, conseguiremos que sus nervios salten en mil pedazos y nos confiese sus horribles planes para con *lady* Kitts, cómo dominó su voluntad hasta el punto de convencerla de que en vista de la actual coyuntura económica, su dinero estaría más seguro en un arcón de este castillo, cómo tuvo que matar a dos personas más para ocultar su delito, y cómo fingió al final el suicido de la persona que le había dado todo en esta vida.

—Norman, por favor —su voz resonó poderosa en el amplio comedor, y el criado se dirigió raudo a la ventana, con movimientos perfectamente estudiados.

Tiró de las cortinas y éstas cubrieron el ventanal, sumiendo la estancia en la oscuridad. Al mismo tiempo, accionó el interruptor de una pequeña lámpara que apenas logró romper la penumbra reinante, y por último se encaminó a la puerta, sigiloso y flexible como un gato, y la abrió de par en par.

Durante un minuto nadie se movió, aterrorizados por la visión que contemplaban. Iluminada por una luz espectral que parecía nacerle en la espalda, erguida y acusadora como una figura vengadora, vieron los reunidos a *lady Kitts*, con sus mismos cabellos tirantes hasta formar un moño en la nuca, con idéntica toquilla de lana cubriéndole los delgados hombros y con la saya oscura que la cubría hasta los pies. No llevaba arma de ninguna clase, pero su misma inmóvil presencia era más amenazadora que todos los cuchillos.

Harry notó que las respiraciones de los reunidos se hacían entrecortadas y que sus nervios estaban a punto de romperse.

La inmovilidad pareció eterna y luego alguien comenzó a chillar.

Nadie había visto a Norman volver sobre sus pasos, sumido en las sombras; nadie se fijó en él. Sólo cuando sonó aquel chillido oyeron el choque de un cuerpo contra otro y los gruñidos de dos personas al luchar.

Miraron el grupo confuso que formaban Norman y otra persona que desaparecía materialmente entre los brazos del criado. Éste se movía animado por un afán vindicativo y parecía dispuesto a tomarse la justicia por su mano. Harry le sujetó a tiempo.

—Ya es bastante, Norman.

Se retiró éste.

En el suelo, mirando horrorizada todavía hacia la puerta, balbucía Magda Haydon:

—¡No! ¡No es posible! ¡No quiero verla! ¡Quitadla de ahí! Quitadla...

Se descorrieron las cortinas y la aparición se llevó las manos a los cabellos, dándose un fuerte tirón. La peluca saltó de la cabeza de Vivian, quien se quitó también las otras prendas, apareciendo ella con su atuendo habitual. Estaba muy pálida y corrió junto a su jefe

como si necesitara su proximidad para sentirse segura.

Francis, Champion, Ben Davis y el doctor Allen miraban estupefactos a Magda, sin acabar de creer lo que veían. Ésta se encontraba todavía bajo los efectos de la impresión recibida y sollozaba, sabiéndose descubierta. También para ella había sido aquella una noche horrible.

—Sí... yo lo hice... ¡Necesitaba dinero, mucho dinero, dinero mío...! No quería que me trataras siempre como a una sirvienta. Deseaba situarme a tu altura... —exclamó, mirando fijamente a Rock Francis, que retrocedió, horrorizado.

—Has sido capaz de todo eso... por dinero. ¿No estaba dispuesto a casarme contigo igual?

Champion, muy serio, hondamente afectado, se llevó aparte a Harry.

—¿Cómo sospechó de ella?

—Pensé que sólo una persona muy íntima de Kitts podía suplantarla y tener al mismo tiempo la seguridad de que no lo estropearía todo con su presencia inoportuna. Magda podía servirle hipnóticos en cualquier momento, según su voluntad, y fue ella quien creó la leyenda de la manía sangrienta de su ama. Incluso dijo que *lady* Kitts la había atacado con un cuchillo, en cierta ocasión... sin testigos. Anoche no le inyectó el sedante para reforzar la creencia de que *lady* Kitts asesinó a María... pero se lo dio disuelto en el vaso de leche. Sólo Magda podía servirle ese somnífero con la leche. Más tarde, la propia *lady* Kitts, en su dramática aparición en la biblioteca, hizo mención de los consejos financieros recibidos de Magda. Sin duda, ésta convenció a su ama de que dado el próximo ingreso de Inglaterra en el Mercado Común habría una cierta inflación y los valores descenderían en la cotización bursátil. *Lady* Kitts tenía, en efecto, la mente muy débil y era fácilmente sugestionable, e hizo caso de los consejos de su enfermera. Ésta habló también de los corredores secretos de Romney Manor para justificar que *lady* Kitts saliera de su habitación, a pesar de ser encerrada con llave. Pero esos corredores jamás han existido, y cuando Vivian fue agredida en mi habitación, la falsa *lady* Kitts entró por la puerta, con una llave, no por un pasadizo secreto. Por último, Vivian pudo darse cuenta, a pesar del terror que la dominaba, que quien la agredía era una mujer, una

mujer incluso joven, a juzgar por sus manos suaves...

Champion asintió, maravillado por las agudas y sutiles deducciones del anticuario.

—Nada era concluyente, sin embargo —añadió Evans—, y tuve que preparar esta escena para obligarla a delatarse. Incluso un asesino siente miedo, después de una noche tan horrible como la pasada.

El viejo amigo de *lady* Kitts le ofreció la mano.

—Le expreso mi admiración, Harry. Usted ha sido más listo que nadie.

Ben Davis preguntó, acercándose:

—¿De dónde sacó esa peluca y todo lo demás?

—Me costó encontrarlo, pero al fin lo hallé en la habitación de Magda, en el fondo de un armario. Ella esperaba retirar esas prendas tan comprometedoras, antes de que viniera la policía, y Vivian se las arregló para evitar que abandonara antes de tiempo la compañía de ustedes.

—¿Y el dinero? ¿Dónde está? —inquirió Champion—. Magda lo confesará al fin.

La policía se encargará de hacerla declarar el escondite.

El experto en arte carraspeó, confuso:

—Perdone mis intemperancias, Evans. Y cuente con esas tallas, si todavía le interesan.

—Gracias. Acepto su ofrecimiento. Y de verdad lamento habernos conocido en una noche como ésta.

* * *

El coche ronroneaba complacido, como si la vista del sol le pusiera de buen humor.

Harry conducía alegremente por la húmeda carretera, ansioso de llegar al primer puesto de policía. En Romney Manor iban a ser muy necesarios sus servicios durante algún tiempo, aunque no tendrían ningún trabajo en averiguar los hechos.

—Es usted maravilloso, señor Evans —le susurró Vivian a su lado, tomándole del brazo—. Pero me ha hecho pasar mucho miedo.

Su jefe sonrió:

—¿Todavía no eres capaz de olvidar los convencionalismos?

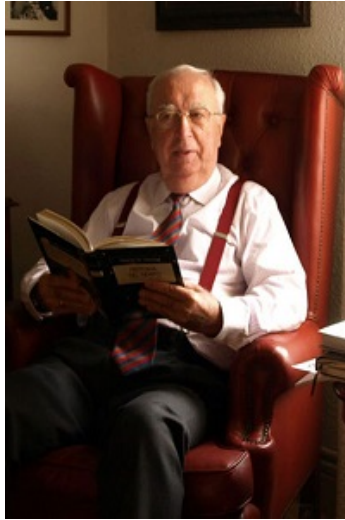
—Oh, sí.

Harry frenó junto a la cuneta y se volvió hacia la muchacha.

—Ahora recuerdo algo, Vivian. Los héroes de todas las películas se besan poco antes de que termine la aventura.

Riendo, ella le brindó sus rojos labios.

FIN



Miguel María Astraín Bada, (1934, Zaragoza, España), es un escritor, crítico literario y guionista cinematográfico. Autor de 236 novelas publicadas en España, Portugal y América y de cuatro guiones de producciones cinematográficas del subgénero Spaghetti western. Ha sido uno de los tres autores más vendidos de Editorial Bruguera entre 1955 y 1979, casi siempre bajo los seudónimos de Mikky Roberts o Roberto de la Mata. Periodista y técnico titulado en radiodifusión, publicidad, marketing y relaciones públicas, trabajó durante 42 años (1955 a 2003) para Radio Zaragoza (EAJ 101), desempeñando, entre otras, las funciones de Director de Programación, Comercial y Relaciones Públicas.